

LA GRACIA

40cts.



Tito

—¿Tres duros? ¡Cómo se conoce que este coche es de punto!
—¿Por qué?
—Hombre; ¡porque hay que ver lo que la tarifa "da de sí"!...

EL FOLLETIN

PUBLICARA MAÑANA

MEMORIAS DE UN MEDICO

(TOMO PRIMERO)

POR

ALEJANDRO DUMAS

NÚMEROS PUBLICADOS

- 1.—ALEJANDRO DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
- 2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
- 3.—CARLOS DICKENS.—Los tiempos difíciles.
- 4.—F. DOSTOYEVSKI.—Crimen y castigo.
- 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6.—ENRIQUE SIENKIEWITZ.—¿Quo Vadis?
- 7.—VAN TURGUENEV.—Hamo.
- 8.—WALTER SCOTT.—El pirata.
- 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut.
- 10.—HONORATO DE BALZAC.—La piel de zapa.
- 11.—PONSÓN DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
- 12.—FENIMORE COOPER.—El último mohicano.
- 13.—J. BORIAU.—Por el honor del nombre.
- 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- 15.—LEON TOLSTOY.—Resurrección.
- 16 y 17.—A. DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomos I y II.)
- 18, 19 y 20.—A. DUMAS.—Veintidós años de Jesu's (tomos I, II y III.)
- 21, 22, 23, 24, 25 y 26.—A. DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomos I, II, III, IV, V y VI.)
- 27.—CARLOS DICKENS.—El hijo de la Parroquia
- 28 y 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomos I y II)
- 30 y 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra señora de París (tomos I y II.)
- 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
- 33, 34, 35 y 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomos I, II, III y IV.)
- 37 y 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomos I y II.)
- 39.—PONSÓN DU TERRAIL.—La soga del ahorcado.
- 40, 41, 42 y 43.—A. DUMAS.—El conde de Monte-Cristo (tomos I, II, III y IV)
- 44.—VICTOR HUGO.—Bug-Jargal.
- 45.—WALTER SCOTT.—Quintín Durward.

132 páginas.

40 cts.



El SORDO.—¿Qué tal van esos negocios?
El CIEGO.—Bastante mal, hace la mar de tiempo que no veo una peseta.



—¿Pero, cómo vas sin nada a la cabeza?
—Porque como me han dicho que hacía un frío que pelaba...

LA NOVELA TEATRAL

publicará el próximo domingo
la zarzuela en dos actos,

LA LUZ DE BENGALA

original de

ANTONIO PASO

30 cts.

AGENTES EXCLUSIVOS PARA
LA VENTA DE ESTA REVISTA:

República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.—Independencia, 856.—Buenos Aires.

Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**.
9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.

Precio del ejemplar en Buenos Aires..... 25 centavos.
En el interior del país..... 20 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados. No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.—No se abonan otros trabajos que los solicitados

FUNDADOR: JOSE DE URQUIA

—ADMINISTRACION: MADRID, CALVO ASENSIO, 3. — APARTADO 8.008. — TELEFONO, 624.-J.—



—Pobre Lius, ¿no sabes que se nos va?
—¿De Madrid?
—No... de la cabeza.

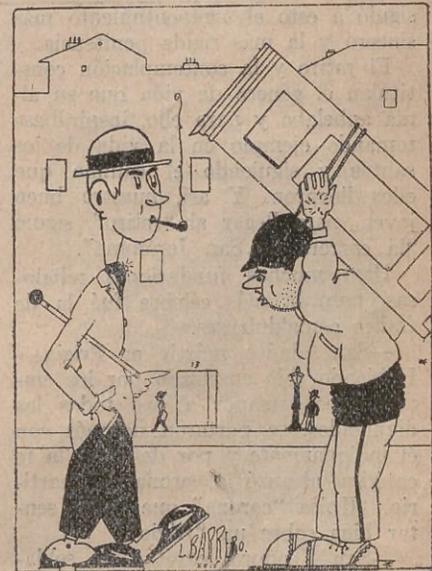
El tratante de muebles

—Mira, monín, mira qué mesita.
—Preciosa, monina.
—¿La mesa o yo?
—Tú; jamás me permitiré dirigir a un objeto de cuatro patas, los mismos epítetos cariño-amatorios que a ti.
—Que tengo dos. ¿Entramos a ver la mesa? Estará tan bien en nuestro nido.
—Vamos adentro. Buenas tardes.
—Muy encantadoras, ¿qué desean los señores, es decir, la señora y el señor?
—(¡Caray, que mueblista más dicho!) Esa mesa que...
—No me diga más. El señor tiene buenos ojos, la señora tiene buenos ojos y...
—¿Es piropo?
—Es comentario a que los señores al deambular se han fijado, precisamente, en la joya de la casa. Voy a enseñársela. Una verdadera prenda. ¡Los señores, si no me equivoco, están en la luna de miel?
—¿Se nos nota?
—¡Oh, para un observador perspicaz basta una ojeada! Lo digo porque los señores aun no se pelearán, ni discutirán, ni darán puñetazos sobre los muebles. Les conviene esa mesa.

—De modo que si estuviéramos casados hace más tiempo...
—Les recomendaría otro mueble más sólido. Conozco el corazón humano y sé que de las palabras, se pasa a los trastazos, primero sobre los objetos que se tienen próximos y luego sobre las personas.
—Nosotros no...
—¿Verdad que jamás?
—Claro, monina.
—Delicioso, francamente delicioso. Hay matrimonios que parecen estar, no a partir un piñón, sino una castaña pilonga que tiene más que roer y de pronto, ¡zás! surge una discusión: "No has estado con mamá todo lo atento que debes". "Ya sabes que tu madre me estomaga." "Pues deberías estar agradecido." "¿Yo?" "Tú; porque gracias a ella que ha tenido el buen humor de traerme a este mundo, tú eres mi marido. Sin ella y sin papá, no me hubieras conocido." "De ti lo que quieras, pero de tu madre, nada." "Joaquín!" "Teresa." "¡Infame!" "Paf." Primer puñetazo sobre un mueble y desquiciamiento de éste si no es sólido. ¿El señor no tiene nada que decir de su respetable madre política?
—Nada.
—¿La señora no ha llamado infame a su marido?
—¡Qué horror!
—¡Al pelo! Ahí tienen la mesita. Un encanto de sencillez y de elegancia. Algo refinado. Supongamos que los señores han comido...
—No lo dé usted como suposición, puede asegurarlo como hecho cierto.
—Tenemos esa costumbre.
—Perfectamente, les felicito, pero es que comenzaba una frase. Supongamos que los señores han comido bien, que el señor ha encendido un cigarro y que van a tomar el café. No sé si gustarán también de los licores.
—Este, mono.
—Y tú, monísima.
—Pues aquel momento de expansión, de íntimo recogimiento no puede ser efectuado en la mesa grande donde se verificó el yantar. Para eso se ha hecho esta "petite-table."
—Sí, sí, estamos convencidos ¿y el precio?
—¡Oh! Ese ustedes mismos lo señalarán.
—¿Qué comercio tan raro.
—¡Rarísimo! Ustedes lo señalan,

y si no lo creo conveniente, no lo acepto y pido entonces su valor.
—Hombre, para valor el de usted, que tiene una manera rara de suponer las cosas. Diga el precio.
—Trescientas pesetas.
—¿Con qué? Porque supongo que con la mesa dará usted vajilla, mantelería, almuerzo y un criado que lo sirva.
—No, el precio es neto.
—¡Cá! El precio es tonto. Ahora que, como yo no lo soy, se queda usted con la caobita y con la cobita que ha querido darnos y abur.
—Vengan aquí los señores. Si esa mesa les interesa y tienen capricho puedo dejársela...
—No, si los que la dejan somos nosotros.
—Dejársela en tres duros y medio.
—¡Buen bajón!
—Es el comercio, señor. Yo la puedo ceder en los tres duros, pero si cae algún primo...
—Gracias, porque por lo visto tenemos cara de ello.
—Es por si era antojo de la señora.
—¡Cá! La señora no sufre antojos de ese precio; de modo que ahí van los tres duros.
—Falta el medio, señor, ¿les parece que no hemos gastado conversación por más de diez reales?...

A. R. Bonnat



—¿Qué hay, señor Liborio?
—Ná, chico, que compré ayer este armario y ahora me pesa.



UN CONSUELO

—Sí, amigo mío; mi segunda mujer ha desaparecido...
—No te quejes, hombre, que a pocos les cae dos veces el gordo de la lotería...

Santorál cómico de la semana

Día 7 de Febrero.—San Romualdo, abad y fundador.—Nacido, según unos, en Rávena y según otros, en la opulencia; fué hijo de duques y en sus primeros años no conoció lo que era pasar “ducas”. Sabido es que, casi siempre, unido a una buena posición, va el lujo; y “va el regalo” (como gritan en las rifas de verbena); que muchas veces, el vicio tiene “un factor en las delicias” de una casa opulenta.

Romualdo, que era un chico “bien”, como ahora se dice, en su primera juventud parecía un poco propenso a la disolución, pero bien pronto siguió a esto el arrepentimiento más sincero y la más rígida penitencia.

El retiro y la contemplación constituían el género de vida que su alma anhelaba y para ello, inspirábase tomando ejemplo en la vida de los santos y siguiendo el camino que ellos llevaron. Y así, nuestro buen joven, para llegar al “retiro”, siguió “la carrera de San Jerónimo”.

Hizo muchas fundaciones religiosas, pero la más célebre fué la de frailes camaldulenses.

—San Adaúco, mártir, en Frigia.—Habiendo sido ensalzado por los emperadores romanos a casi todas las dignidades, se portaron después con él indignamente y por defender la fe católica, alcanzó la corona del martirio. ¡Única “corona” que podía sentar bien sobre un “frigio”!

—San Teodoro, capitán de soldados, en Heraclea.—Después de muchos tormentos, de capitán, pasó a decapitado.

Día 8.—San Juan de Mata, que, cual si anduviera a salto de “idem”, trabajó en la santa tarea que se impuso de rescatar cautivos, pues fué fundador de la Orden de Trinitarios.

—El triunfo de Santa Cointa, mártir, a quien los paganos llevaban por fuerza a que adorase a los ídolos y rehusando con abominación, la arrastraron por las calles de la ciudad, saliendo su espíritu triunfante de sus enemigos.

Aquellos impíos, creyendo que el “triunfo” era suyo, “arrastraban” a sus contrarios.

Día 9.—Santa Apolonia, virgen y mártir.—Sus perseguidores le arrancaron todos los dientes. Abogada contra esta clase de males, a ella recurren muchos cuando “están que echan las muelas”.

—Santos Primo y Donato, diáconos, mártires.—Estando ambos en la iglesia, fueron asesinados por los cismáticos donatistas. Sabido el poder de aquellos gobernadores y cómo “las gastaban” entonces, pudiera asegurarse que harían ver al pueblo en un hecho falso la justificación de este doble crimen y así, al mismo tiempo que le daban noticia de la muerte de Donato, “se la daban de Primo”.

Día 10.—Santa Escolástica, virgen.—Era hija de condes y hermana de San Benito. Todos los bienes que heredó por muerte de sus padres y renuncia de su hermano, los distribuyó entre los pobres, pues, en su virtud cristiana, sabía, como San Benito, que las riquezas y galas mundanas no son para el alma sino otra clase muy distinta de “sambenito”.

—San Silvano, confesor, en Campaña.—(Y eso de ser confesor en “campaña”, no quiere decir que fuera castrense.)

Día 11.—El triunfo de los Santos Mártires Saturnino, presbítero, Dativo y otros muchos compañeros. Dativo era senador. No queriendo los cristianos confesar a los falsos dioses, los perseguidores decían que “declinaban” la culpa en aquéllos y los atormentaban. Dativo fué martirizado en el mismo “caso” de “Dativo”.

Día 12.—San Melecio, obispo.—Nació en Armenia y murió en “olor” de santidad.—Santa Eulalia, virgen y mártir.—Contando trece años de edad y durante una de las persecuciones gentílicas, se presentó ante el tribunal del lugarteniente Daciano, a quien reprendió con energía por tan falsas doctrinas y tan brutales procedimientos. Es decir: que “le ajustó las cuentas” en el mismo “Tribunal”.

Día 13.—San Benigno, mártir en “Todes” y, a juzgar por su nombre, el más bueno de “todos”.

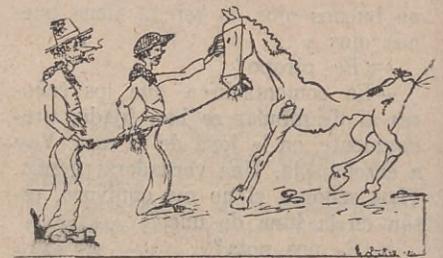
—Santa Fusca, virgen, y Santa Maura.—Padecieron muchos tormentos y fueron muertas a estocadas, alcanzando así la palma del martirio.

Maura conquistó la palma, pues sus méritos tenía. Pero Palma... de Mallorca, digo yo que no sería.

—San Policeto y San Julián, que también ganaron las “palmas” en el martirio.

Al revés que un servidor, “mártir” de este santoral, que si un día lo hace mal, lo hace otro día... peor.

Manuel Manzan



—Parece mi farso. ¿Qué, me lo deja en ochenta reales?
—Calle osté, compare, por ese presio no encuentra un jamelgo como este ni en fábrica.

Una distracción del médico o dos veces veinticuatro hacen cuarenta y ocho.



TIPOS EXTRAVAGANTES
El cochero sublime

Aquel coche no llevaba nunca nadie y sin embargo era un milord de tipo clásico.

Entraba en el paseo de coches temprano como primer coche del paseo, como iniciador de la farándula que se armaba más tarde.

Ruidoso en la calle, al entrar en el paseo se tornaba silencioso y deslizando.

¡Qué hermosa pareja de caballos la suya! Iban orgullosos de tirar del coche y el cochero templaba su orgullo sin parar tirándoles de las riendas y dándoles tensión de caballos de friso.

El cochero iba flamante en su alto sitial sobre el pupitre azul de su asiento. Sus pantalones eran siempre blancos, almidonados, planchados como chalecos blancos; sus botas eran color canela, su levita era azul con botones dorados y su sombrero de copa tenía la escarapela golondrínica y más reflejos que el copa de un lord.

No había un cochero más flamante en todo el paseo, ni que guiase con tanta presencia acumulada, acariciando el aire con el suave cordelillo de su fusta.

Todo el mundo estaba intrigado con aquel coche solitario que parecía correr al margen de sus dueños, da-

dos a ir de pie mientras el coche circunvalaba solo.

¿Cuándo se paraba prestando auxilio a sus dueños? ¿Quiénes eran ellos? ¿A qué hora se aproximaba a la orilla del paseo como barco que se pega a la riera para recoger al viajero?

Nadie había visto jamás que sucediese ese hecho. El coche abierto y sin nadie desaparecía a lo mejor y sólo los que habían salido al mismo tiempo que él habían visto que salía solo con aquel cochero de altura que con sólo rozar el fleco de su látigo en las nalgas de los caballos les hacía emprender fogoso trote que sus riendas contenían y hacían armónico como el de un carroussel ideal.

Todas las tardes en la hora optimista, sigue apareciendo en el paseo de coches ese coche baldeado, limpiado con esa pasta que hay para el charol, vacío y cepillado el asiento, con la alfombrilla de peluche morado para los pies siempre sin una huella, con sus caballos altivos, como de llevar al rey detrás en el sofá del milord.

Yo ya sé el secreto. El secreto es que el cochero es un cochero enriquecido que no ha querido dejar de ser cochero y que por eso es el cochero de sí mismo y por eso tiene esa elegancia de cochero supremo que no admitirá a nadie en su coche. ¡Pues no faltaría más!

Con la librea hecha en el mejor sastre de Londres, el cochero enriquecido y fiel a su profesión, podría llevar hasta monóculo. Es hermoso el ejemplo de haber encontrado la categoría de ser cochero para siempre y dar a su oficio caracteres de arte sublime.

R. Gómez de la Serna



—¿Es cierto que existe indisciplina militar?
—¡Cá, hombre! Precisamente ayer estuvo el Presidente en el Círculo Militar y el «círculo» entero se «cuadró».

"¡ahora lo comprendo todo!"

"Para que se cumplieren las escrituras" a Cañahueca lo trasladaron a Madrid. ¡A Madrid! ¡Oh tierra de promisión! ¡Oh, nuevo Eldorado! ¡Oh eterna Meca, que las más de las veces viene a ser Meca-so con veinticinco!

Sí, precisamente, esto era la aspiración eterna de Cañahueca padre y de las tres más Cañahuecas de sus hijas, tres pimpollos un tanto pasados de moda ya, a los que no habían acercado sus narices los pollos de la vetusta capital provinciana, por si olían o no olían a cursis las pobrecitas de mi corazón.

Hartas de privaciones, las ya talludas muchachas soñaban con aquel Madrid encantador, que tenía un novio en cada esquina y un "coci" en cada casa; lo que venía a ser el colmo de la felicidad.

Cuando su orondo papá les comunicó la fausta noticia del traslado, estuvieron a punto de sucumbir, víctimas de la emoción. Así como hay quien se ha quedado en el sitio, ellas se quedaron en el punto; no se murieron del todo, porque las pobrecitas no tenían sobre qué caerse muertas, que si llegan a tenerlo, se caen con todo el equipo. Y con el suyo, que cabía en un sobre de tarjeta, se trasladaron, por fin, a la Corte.

Lo del novio en cada esquina, era verdad; sólo que con el novio en cuestión, estaba la novia siempre en cuestiones. No lo era menos lo del "coci" clásico, con sus gabrieles como balas, a pesar del cacareado Lozoya, que cuece piedras. Pero lo que no parecía por ninguna parte era la casa en que había de consumirse, en el porvenir, aquel cocido.

¡La Casa, que en sus tiempos era un barítono del género chico, es en la actualidad, un problema! Un problema que, en punto a solución, se ríe del de cuadrar el círculo y del insoluble del descenso de las subsistencias.

Cualquiera creería que en Madrid, con su millonaje de habitantes, habría sus miles y más miles de casas ¿verdad? Pues no señor (señor Cañahueca) Madrid y el desierto de Sahara, son dos "pendants", como los cromos de "La Campana de Huesca" y "Los últimos días de Numancia". En Madrid no hay una casa ni para un remedio. A Madrid no puede ir nadie que no esté casado ya. Y el pobre Cañahueca era viudo, por disposición del Altísimo, "acce-



EL DEL HONGO.—¡No te privas de ná, Pepe. Ya veo que has «tomao» café...

diendo a sus deseos"—como las órdenes del traslado rezaban—y sus niñas, aunque se hartaban de rezar también para evitarlo, solteras, inamovibles, como el destino de papá. ¡El destino de las criaturas!

Para hacer boca, los Cañahuecas se refugiaron en casa de unos parientes, donde pudieron hallar un pasajero acomodado, preñado de incomodidades. El Caña padre dormía en un vasar; las tres Cañitas, en un catre, que, de noche, con tantas cañas, parecía una juerga. Las pobres muchachas se tenían que numerar las piernas para levantarse cada cual con las suyas. La situación, como veis, no ya en un catre, en una cama imperial, era insostenible.

Por fin, un día venturoso, Cañahueca, regresó al domicilio, de sus parientes más hueco que una caña.

—¡Eureka!—dijo, un poco después



—¡Cuidao qu'eres Adan! Cualquiera diría que esa es la camisa que te pusiste limpia el domingo!

—En algo se ha de conocer que soy fascista!...

que Arquímedes—. ¡"Pápam • habemus"!—

—¿Papá?—inquierieron las niñas.
—¡"Pápam"!—repitió él triunfador—. ¡Casa! ¡Tenemos casa!...

—¿Dónde?—preguntó el pariente viendo el cielo abierto.

—Un entresuelito precioso, en la calle del Conde de Pontefloreccitas; en el número 7. ¡No hay más que pedir!

—No pido; me planto con siete. ¿Abajo hay una prendería?

—¡La misma! ¡Chico, un balcón precioso! ¡Un taxis parado! ¡El sueño dorado de estas!... ¡He tenido una suerte loca!

—¡Vaya, hombre; pues que sea enhorabuena!

—La recibo, chico; y te la devuelvo, porque era mucha lata la que os estábamos dando. ¡Ea! Ya lo sabéis: Pontefloreccitas, 7, en el entresuelo....

¡Ay! ¡Qué poco dura la alegría en casa del pobre! Pocos días después presentóse Cañahueca en casa de sus parientes, más mustio que un empleado "apercibido".

—¡Caray, chico! ¿Qué te pasa? ¡Te pisas la barbilla!

—¡Estoy desesperado! ¡Me persigue la fatalidad! ¡No podemos seguir en esa casa, so pena de que las chicas me críen verdín, por falta de aireación.

—¿Y eso?

—Porque las pobrecitas mías no se pueden asomar al balcón, que era todo su encanto, y desde las ventanas interiores se ve el cielo a vista de gallina... Hay que torcer la cabeza para mirar si ha salido el sol.

—Pero, ¿por qué no han de asomarse al balcón tus hijas?

—Veras: al principio, ya se asomaban, ya; cuando terminaban sus quehaceres, se me ponían allí las tres para esperarme. Pero no tardaron en observar que los hombres que pasaban, las miraban de cierto modo, y se reían. A uno de ellos le oyeron decir una vez: "¡Camará, ni de balde!" ¡Ya ves tú qué grosería! "¡Ni de balde!" Y vengan las risitas... Y las pobres mías sin dar en el porqué de ello... Hasta que hoy, hoy mismo, al regresar yo a casa, y estando ellas en el balcón, esperándome, levanto la vista, me fiijo... ¡Y lo vi todo claro!

—Oye, chico, ¿qué viste?

—Pues que debajito mismo dej balcón, sobre la puerta de la prendería hay un letrero que dice:

"MUEBLES USADOS"

¡Claro! ¡Así se reía tanto la gente!...

Vicente Díez de Tejada



A un hombretón, de dos metros, que iba por la calle ayer, absorta Inés le miraba de la cabeza a los pies; y al verla tan abstraída, un chusco le dijo a Inés: —Vamos, niña, que mañana lo terminarás de ver.

Un inglés, que el castellano en Londres cursado había, hacia la Corte de España dirigióse cierto día, creyendo que nuestro idioma parlaba de carrerilla.

Leyó, al pasar por mi calle, un rótulo: "Notaría".

El inglés de esta manera lo interpretó: "no-te-rías"; y, creyendo de ordenanza lo que el rótulo decía, se afirmó bien, *ipso facto*, en su seriedad nativa.

Cuando veinte o treinta pasos apenas andado había, otro letrado rezaba:

"Azín.—Hojalatería."

Y el mister entendió esto:

"Ah, sí. ¡Ojalá-te-rías!"

Muy obediente, al momento se desbordó en franca risa, tan violenta, que el hombre pudo romperse la crisma, pues cayó al suelo convulso sujetándose las tripas.

Levantóse magullado,

EN EL BAR

—Bebe, Emerenciana, que te toca.
—Me parece que es a tí.
—¿Quién ha empezao?
—Tú, y llevamos cuatro.
—Tíes razón.
—¿Te has fijao en el camarón?
¿Cómo nos mira!
—Inconvenientes de pedir un bock

alza de nuevo la vista y encuéntrase otro letrado que dice: "Paquetería".

El inglés, seguramente, tradujo: "Pa-que-te-rías."

—
Dos paletos de Daroca fueron juntos al teatro una noche, en la que estaba el gallinero atestado.

Por premuras de aquel lleno estuvieron distanciados, pero estaban, igualmente, los dos amigos pensados.

Muy escamón, uno de ellos notó que, al segundo acto, su compañero se hallaba casi a solas, muy holgado, y le preguntó: —¿Qu'has hecho pa quearte sólo, maño?

—Pué ser qu'haigan conocio que las judías m'han dao flato.

—
En la plaza de un lugar, en vez de argollas, tenían unos cuernos que servían para el ganado amarrar. ¡Caray con Villamanzano, cómo a prosperar empieza!

Y el alcalde, muy ufano, dijo: —Toda esta majeza de aquí ha salido—. Y la mano se llevaba a la cabeza.

M. Fernandez Conde

pa los dos. Aquí, en Madrid, no se usa eso.

—Que cosas tíes, Eleuterio; ni aquí ni en Huete.

—¡Allá cuidaos!... Anda, bebe, que ahora sí que te toca.

—Paso. No quió más.

—Ni yo.

—Pues llama, y vámonos.

—¡Camarero! ¿Qué se le adeuda?

—Un tercio... una peseta.
—¡Qué atrocidad! ¡Ni que hubiera jan-bán en el establecimiento!

—Hay pianola. Echa usted una perra gruesa y le toca a la señora lo que quiera, con permiso del señor.

—Eso es en las rifas.

—Cállate, Eme.

—Como quieras, Ele; ¡pero a mí que no me digan que este bock vale una peseta! ¡Ni en casa Masines!...

—Pues no es tan caro.

—¡Qué va a ser! Llevándose el cacharro, pué pasar...

—Usted bromea.

—¡Que se lo cree usted! ¡Cua que a bromea después de un atraco!...

—¡Señora, tiene usted la lengua kilométrica!

—Se acabó, Emerenciana. O te callas o te arreo una guantá.

—Claro, como tú no lo tíes que pagar...

—¡Silencio he dicho! No seas "vehementa". Estas cosas las arreglan los hombres. Déjame a mí.

—No, eso no; que te conozco y eres muy bruto.

—Algo soy; pero no te alarmes. Vamos por partes: Aquí, la señora, está conforme con pagar el tercio, pero no está dispuesta a que la cobren el doble...

—No, señor; el tercio.

—No he terminao. El doble que en otros bares. ¿Me explico con tranquilidad?

—¡Ole, Ele!

—¡Uy, qué graciosa!

—Oiga usted. A mi señora morganática no la encuentra gracia nadie más que yo.

—Cálmate, Eleuterio.

—Yo he creído que esto era un café modesto, vulgo tupi, y por eso hemos entrao, aquí, mi distinguida parienta y el que habla, pero ahora resulta que nos hemos equivocado y estamos en el Palacio del Hielo.

—¡Alusiones frigoríficas, no! Ustedes dirán lo que quieran, pero este bock, por una peseta, es tirao...

—¡A la cabeza, so pollo bien!

—No te alteres, Ele, que te conozco, y eres muy bruto.

—Si no ocurre ná, mujer.

—Es que le conoce a usted.

—¿Has oído, Eme? ¿Qué hago, lo mato o abonas la consumación?

—Abonaré. Siempre te pasa lo mismo... Ahí va, una peseta... Andando.

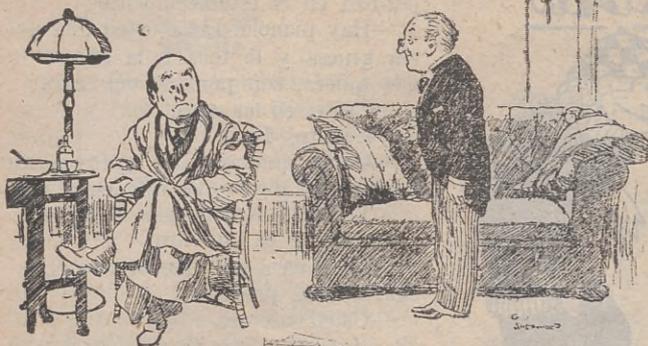
—Está bien.

—Y lo que sobra, pa usted.

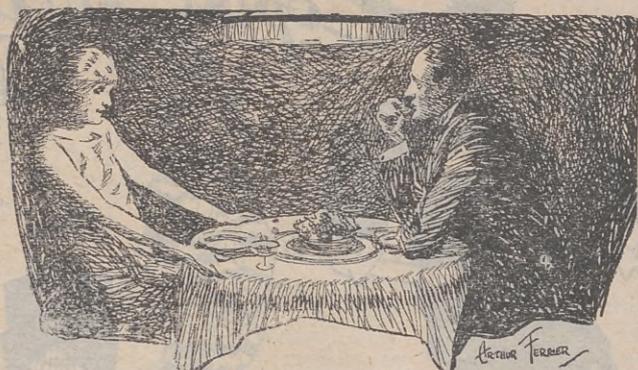
—¿Lo que sobra?

—Sí, señor. Lo que sobra en el vaso.

Pablo Torremoncha



EL DOCTOR.—¿Cómo se encuentra usted?
 EL ENFERMO.—Lo único que me molesta es la respiración.
 EL DOCTOR.—Ya cortaremos eso.



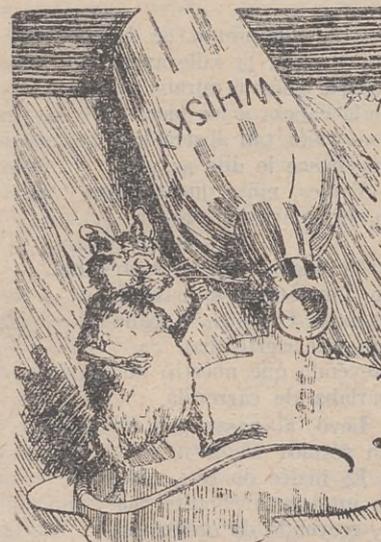
ELLA.—¡Mira qué lástima, hombre! Mamá me dió ayer una receta para hacer un barniz para el suelo y la he perdido...
 EL.—(Probando la sopa con sospecha.) ¿Estás segura?



EL CURA JOVEN.—El sacerdote puede besar a la novia después de la ceremonia, ¿verdad?
 EL VIEJO.—Sí, al terminarse ésta, pero no mucho después.



—Mi hermano se casó por fin con aquella provinciana, en contra de toda la familia.
 —¿Y cómo es?
 —Ordinarisima: figúrate que ayer el duque, mi marido, fué a darle un beso y ella le dió una bofetada...



EL RATON (borracho).—¡Que me echen ahora gatos!...

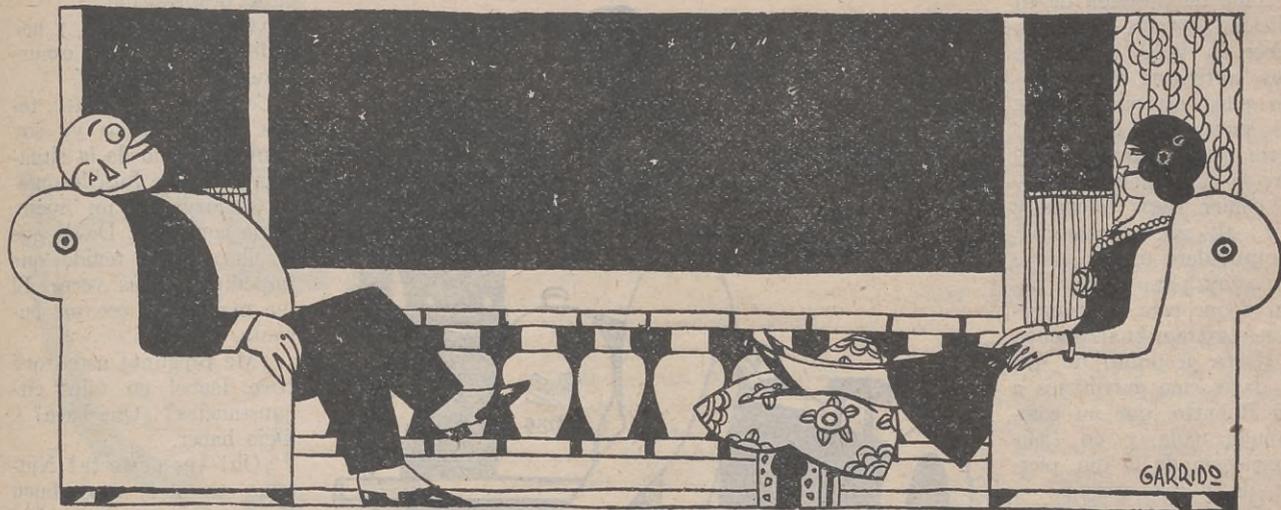


LA ESPOSA.—¿No te parece que ya es hora de que nos vayamos a casa, Jorge? Hace un rato que estás partiendo uvas con el cascanueces.

(De «London Mail», «The Passing Show» y «Fantasio».)



—Ahora acabo de enterarme de que el muy tuno me ha estado engañando por espacio de varios años. Figúrese usted que le daba tres peniques diarios para que tomara el tranvía, y he descubierto que se iba al trabajo a pie.



UNA AVENTURA CÒMICA POR PIERRE VALDAGNE

Miguel Gomar a la señora Gloria de Gray, en Aix-les-Bains.

Trouville, 24 de Agosto.

Encantadora señora:

Si se hallara usted en Trouville en este momento, vería usted a un Miguel Gomar rejuvenecido en veinte años... casi, casi (no exageremos.)

Vería usted a un Miguel Gomar alegre, divertido, acompañante de una mujer deliciosa, de la cual no se separa.

Sin embargo, no vaya usted a equivocarse;... soy mucho más virtuoso de lo que se puede suponer.

—¿Por qué?... Véalo.

Mis recién casados volvieron el otro día, una vez terminado su viaje de boda.

¡Ah!... ¡Cuánto me interesaba ese regreso! ¡Con qué afán me disponía a interrogar sus rostros, a leer en sus miradas, a interpretar el menor de sus gestos!...

¡Ya sabe usted cuánto he deplorado eso boda! Al fin iba a saber si me había engañado.

Pues, amiga mía, con una sola mirada me enteré.

“Aquello iba muy mal.”

Ni malas caras, ni cansancio visible. Mi hijo, por el contrario, afectuoso y grave (demasiado tranquilo;) mi nuera, condescendiente y dulce (demasiado dulce;) pero entre ambos, la radical ausencia de ese qué sé yo que pone el amor en todo lo que toca.

“Aquello iba muy mal.”

En el modo que tuvo Isabel de abrazarme, comprendí que “aquello iba muy mal...” estaba demasiado satisfecha: con esa satisfacción de los que habiendo vivido largo

tiempo en el destierro vuelven a su mundo. En la manera indiferente con que admitía las opiniones de su marido, sonriéndole sin emoción, en su mirada que se olvidaba de dirigirse al “amado”, era muy visible que “aquello no iba bien.”

Sus frecuentes “como tú quieras” a cada una de las proposiciones, ¡como si todo la fuera indiferente!... y, al contrario, alegría y animación en cuanto se trataba de hacer vida de sociedad... Las preguntas que me hacía, su risa, su entusiasmo por mis proyectos de diversión. ¡Estaba seguro, Gloria! ¡Estaba lastimado!... ¡Estaba encantado!

Sí..., estaba encantado. ¿A quién le diría esto no siendo a usted?

¿Qué quiere? Nunca impedirá usted a un hombre que se regocije al ver que sucede lo que tenía previsto. Había previsto demasiado lo que se realizaba completamente, para no

alegrarme en el fondo de mi corazón.

Solamente que, por tratarse de mi hijo, al propio tiempo me lastimaba... un poco nada más... ¡pues la culpa era suya!

No quiero cansarla: ¿sabe usted dónde está mi hijo en este momento? ¿Sabe usted dónde está ese casado de hace un mes? Está en Belgrado procurándose una colocación de ingeniero en un ferrocarril que allí se construye. ¡Ese muchacho no puede permanecer un instante sin hacer nada! Es un maniático; dice que se descansa cuando se es viejo.

Pero no reflexiona que cuando se es joven y se tiene una mujer, hay que consagrarse a ella.

Me la ha traído a Trouville, confiándola a mis excelentes cuidados; se marcha tranquilo, imaginándose que si sus asuntos van bien, no tendré más que hacer a Isabel una prequeña indicación para que ella vaya a compartir con él la vida de “guía de las civilizaciones” que tanto adora.

¡Pobre Roberto: ya sé yo desde hace tiempo lo que ella piensa! Nunca, nunca irá a reunirse con él allí.

¡No soy yo quien puede reprochérselo! Abreviando: él se ha ido... y yo sigo en Trouville, en un Trouville muy brillante, viviendo en el Hotel de las Rocas Negras, con mi nuera, a quien la playa toda se niega a creer que es mi nuera, con lo cual ella se divierte locamente.

Yo no podía adoptar actitudes místicas que no me sentarian bien, y he tomado las cosas por el lado agradable, divirtiéndome a mi vez sin atender al que dirán.

Gloria..., asistir de cerca al desarrollo de una mujer encantadora, a



la toma de posesión de su felicidad, verla dichosa, beber la vida, abrir sus ojos, abrir sus brazos como para estrechar todos los bienes de la tierra; verla andar ligera con el aire de la mañana; mirarla comer cosas buenas y reír al sol, ¡caramba!, comprenderá usted que yo no estoy para perder nada, y que esto me rejuvenece extraordinariamente.

Hasta el punto de que le daría cien garrotazos a mi Roberto, que no comprende nada y no tiene conciencia de lo que pierde, de lo que arriesga.

¡Pues, como comprende usted, no es poco lo que expone!

Hace cuatro días pasaba yo por el camino que conduce a la estación. Un automóvil me ensordeció, me aparté un poco, y a poca distancia el auto se detuvo. Bajaron de él un mecánico muy negro y un hombre envuelto en



un guardapolvo de hule y enmascarado por su gorra y sus anteojos.

¡Desconocido para mí!... ¡Pero yo no le fuí desconocido a él!

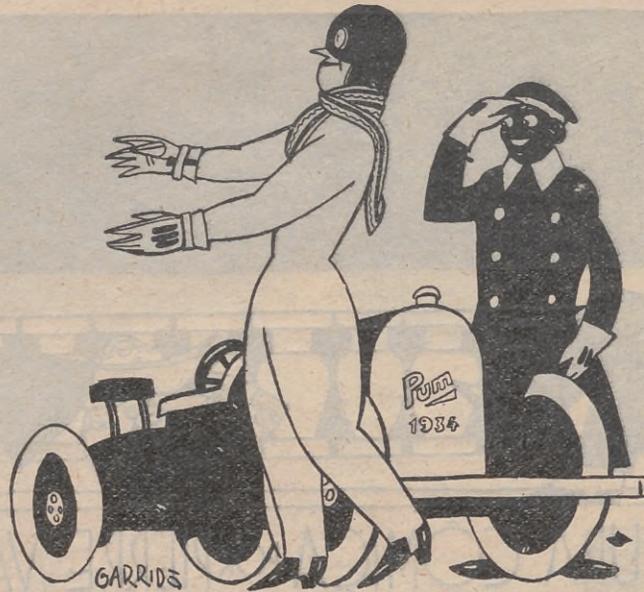
—¡Anda, Gomar! ¡Ah, qué dicha casualidad!... ¿Usted por aquí?... ¡Qué extraordinario! Acabo de llegar. ¡Un viaje excelente!... Me alojaré en las Rocas Negras. ¿Usted dónde vive?

Mi corazón dejó de latir... ¡era Joiselle!

Ni por un momento dudé respecto a lo que Joiselle venía a hacer en Trouville. Hace demasiado tiempo que mi nuera le interesa...; hace demasiado tiempo que aguarda un momento favorable para que haya venido aquí por otra. Lo que me indigna es que le hayan avisado...

¿Quién?

—Además, ¿por qué habrían de avisarle? Hay ca-



sos en que creo en las más lejanas telepáticas.

El hecho brutal es que Joiselle está en Trouville... y que mi hijo se halla muy lejos de aquí.

¡No sólo está en Trouville Joiselle, sino que se hospeda en las Rocas Negras... como nosotros! Pero, sin embargo, yo no puedo impedir que ese mozo se hospede en las Rocas Negras.

Debo advertir que mi nuera me pareció sinceramente sorprendida al enterarse de la presencia de Joiselle cerca de nosotros, sorprendida y satisfecha. No me disimuló su alegría, de lo que deduje que no tenía ningún mal pensamiento.

¡Pero Joiselle los tiene!

¡Caramba! ¡Es muy hábil! No se descubre aún; pero deja traslucir su deseo de agradar y de interesar y preocupar a la mujer que persigue.

¡Felizmente, estoy yo aquí!

Desde que llegó se han organizado varias excursiones, y Joiselle, que sospecha (es listo) que me es muy grata la amistad de la señora Breuil-Baret, fué a visitarla en seguida, y hasta la galantea ostensiblemente. Es



para despistarme.

Yo no me opongo, y nos dedicamos a hacer excursiones en automóvil.

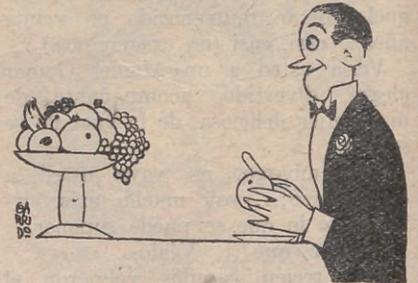
Corremos..., reímos... todos alegres. Pero yo soy siempre dueño de la situación; cuando Joiselle quiere aislarse con mi nuera, no lo consiento. Desde que ha llegado he tenido que impedirlo varias veces. El me maldice, y eso me encanta.

¿Me pregunta usted qué hace Isabel en tales circunstancias? ¿Qué hace?... Deja hacer.

¡Oh! ¡es perfecta! Ninguna tirantez, muy buen humor y desenvoltura. Las galanterías de Joiselle son halagadoras: no comete la torpeza de escandalizarse.

Todo esto la divierte, y me veo obligado a decirle que desde que se fué su marido, Isabel parece estar mucho más contenta.

¿Debo reprochárselo, amiga mía? No es una razón el que su marido



por capricho se marche a Belgrado, para privarse de una porción de cosas y prohibirla el menor flirteo.

Isabel está contenta; no disimula su deseo de distraerse; eso es todo.

Voy a ponerle un ejemplo de su buena fe. Por la noche, al momento de ir a acostarse, cuando me retiré a mi cuarto con el último pitill en la boca, no es raro que Isabel vaya a llamar a mi puerta, y en tonces charlamos.

—No tengo sueño—me dice ella.

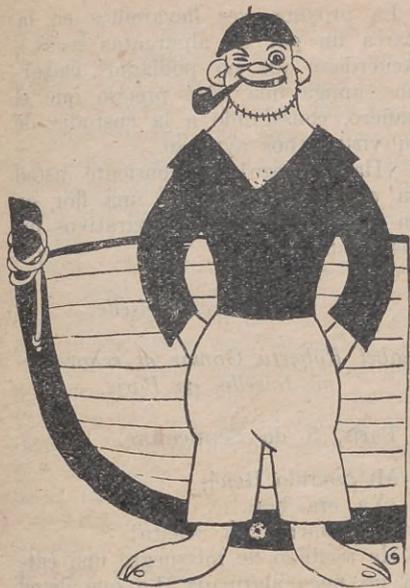
Yo la contesto:

—Yo tampoco.

Nos instalamos cada uno en una butaca, junto a la ventana abierta. Contemplamos brillar las estrellas; oímos el ruido monótono del mar, y abordamos grandes problemas.

He aquí cómo Isabel abordó el gran problema de anoche.

—Amigo mío (no me



llama querido papá para halagarme), amigo mío, ¿sabe usted nadar?

—¡Muy bien, pero no me baño!

—¡Ah! ¡Qué lástima! Tengo muchas ganas de tomar baños. Joiselle desea acompañarme mar adentro, pues es un excelente nadador, y me hubiera gustado que usted hubiese venido conmigo.

—Lo siento muchísimo, pero hace más de quince años que no he tomado baños de mar. El médico me los ha prohibido.

—Es que—añadió mi nuera—no sé cómo decidirme a bañarme sola con Joiselle.

—¡Claro!

Pero en seguida, dando señales de gran extrañeza, Isabel exclamó:

—¿Por qué?

—Acabas de decirme que no sabes cómo decidirte.

—Lo dije para hacerle hablar. ¡A mí no me parecía tan extraordinario!

No reprimí una exclamación de sorpresa.

—¡Oh! ¡Oh!

—Sí—prosiguió Isabel—. Usted también piensa mal. Sin embargo, el nadar es un entretenimiento muy inocente. Si se van dos personas para no aburrirse uno solo. ¿Qué inconveniente hay en eso?

—Hijita, muchas gentes opinan que puede resultar algo inconveniente.

—¿En el mar?

—Sin duda.

—¡Hay gentes muy extravagantes!... Por de pronto, no es posible... Y aun que fuera posible sería muy desagradable.

Dejó escapar un

—¡No del todo... sabiendo nadar muy bien!...

Isabel soltó la carcajada.

—¡Ah!... no lo sabía;... mi enhorabuena;... mis ambiciones no iban tan lejos.

—Así lo espero.

—¡Entretanto, mi proyecto de nadar con Joiselle!...

—Es preciso abandonarlo. Si Roberto estuviera aquí...

—A él le rogaría que me acompañase.

—¡Pero si nada como un pez de plomo!

—¡Ah! Entonces no tendría yo la culpa. Un marido debe saber hacer todo lo que su mujer desea.

Yo pregunté:

—¿Ha sido Joiselle o tú quién ha tenido esta feliz idea?

—Ha sido Joiselle: confieso que no la he rechazado...

—¡Pero contando con que era necesario mi consentimiento?

Me dirigió una mirada maliciosa, y dijo:

—¡Ya lo ve usted!

Estaba muy fastidiado. Isabel deseaba mi aprobación, y sentía mucho no poder dársela.

¡Ah! ¡Estuve muy severo! No me reconozco; no conceder inmediatamente a una mujer bonita lo que pide, era una tortura para mi corazón.

—¿Opina usted realmente que estaría muy mal hecho?—añadió ella.

—¡No!... Ciertamente que no eres capaz de hacer nada muy mal hecho; pero es preciso tener en cuenta la estupidez del mundo. Si hubiera algún medio..., algo que cubriera las apariencias, que impidiera chillar a los imbéciles.

Isabel reflexionó profundamente, y dijo:

—Creo que se ha hallado ese medio. Mandar que nos siguiera una barca. El marinero no se alejaría de nosotros... ¡Ese bañero sería un testigo!... Nadie supondrá que Joiselle me falte al respeto delante de ese testigo.

¡Qué mona estaba lanzándome aquel discurso! Tuve deseos de decirle que su medio no era convincente, que con una moneda de cinco francos sería muy fácil hacer cerrar los ojos al marinero.

Pero sentí que destruía en ella una ilusión fundada en la honradez de los bañeros, y la hubiera dado un disgusto, pues para ella era una gran diversión aquel paseo a nado. La gusta esparcirse y desgastarse con ejercicios violentos... Eso no es un crimen.

No me opuse al chapuzón con tal de que la barca fuera con ellos. ¡Además, es más prudente; hay por

aquí remolinos y corrientes peligrosas!

Pues bien, querida Gloria; creo haberlo conciliado todo, y es también la opinión de Isabel.

¿Qué quiere usted? No quiero parecerla un espíritu tímido, lleno de preocupaciones y vulgarmente imbécil. ¡Es demasiado bonita para que yo la disguste!

Imagino a Joiselle dispuesto para sacar ventajas de esta primera victoria. ¡Que no se regocije demasiado!... Sé prever.

¡Pero él es mal intencionado!

Esta noche cenamos los cuatro en el Gran Hotel de Cabourg: ¡soy el que convida!

Todo esto me divierte casi tanto como a Isabel. La señora Breuil-Barret, de corazón sencillo, no concibe ningún mal pensamiento, y los cuatro somos felices como colegiales en vacaciones.

Esta es nuestra vida de Trouville. No tengo el derecho de entristecerla con un humor fastidioso, celoso.

La envío mi más sincera amistad, y queda a sus pies,

Miguel.

René Joiselle a la señora Isabel Roberto Gomar.

28 de Agosto.

Querida amiga:

He hallado en el asiento de mi coche su cadena de oro, que ha debido usted buscar anoche. Tranquílese; no se ha perdido. Se le devolveré públicamente a la hora del almuerzo; pero quiero explicarle en particular porqué faltará alguna cosa. Faltará la minúscula borla de



pluma que había en la caja de polvos.

Cuando hallé la cadena, sentí un placer infinito al tocar todas esas chucherías que de ella colgaban y que había visto entre sus manos. He abierto el espejo donde se había usted mirado; he abierto también la caja de oro donde están sus polvos. Pero entonces el olor que he respirado me desvaneció tanto y tan pronto, que he cometido la locura de coger la borlita y guardarla en mi cartera.

Y ahora, que he de devolverla, no tengo valor de hacerlo. Me embalsama; la hace revivir a usted cerca de mí; respiro esas plumillas blancas, y en seguida la veo a usted como estaba ayer cuando llevábamos una marcha de 90 por hora, intrépida y sonriente, envuelta en su guarda polvo, que el viento ajustaba. En el asiento de atrás su suegro no parecía estar tranquilo, y me exhortaba a la prudencia.

¡Qué día la debo! ¡Qué impresiones, únicas en el mundo!... La sensación de que yo la raptaba y usted consentía.

Pero, pasado Dives, después de almorzar en la posada, después de la visita al bonito cementerio, después del camino de Licieux, fué preciso volver... Y, además, ¡no estábamos solos!

Pero he soñado lo que debe ser una fuga en automóvil con una mujer adorada: la sensación de raptó, dos seres, apretados uno contra otro, huyendo rápidos como la tempestad; aislados en una racha de locura, como suspendidos sobre el resto del mundo.

¡Debe de ser delicioso!... ¡Pero no hice más que soñarlo!

¡Si usted quisiera!... no sería tan imposible. Tengo varias razones para creer (y usted también) que a su suegro no le disgustaría ir a hablar tranquilamente con la señora Breuil-Barret mañana o pasado. Nosotros dos inventaríamos un paseo a Caen... y, una vez en camino, pretextaríamos un accidente y una serie de reparaciones en el auto que nos detendría lo menos una noche.

¡Si usted quisiera!... Solo con usted en el mundo resultaría delicioso; usted que ha conservado sus aficiones de "sport" de América, su desenvoltura, su resistencia, y que no ha perdido uno de los ingenios franceses más adorables que yo conozco.

¡Reflexione!... Reflexione que su marido volverá de Belgrado, y que entonces, "para toda la eternidad," toda locura la estará vedada. Una



mujer puede muy bien cometer una locura una vez en su vida; debe "cometerla," me atrevo a decir, so pena de arrepentirse más adelante.

Si esta mañana hubiera usted ido al baño, la habría contado todo esto; se lo hubiera contado besando sus piecitos sonrosados.

¿Me lo hubiera usted permitido como anteayer, verdad?

Hubiera usted hecho "la plancha," y yo hubiera nadado cerca de usted y la habría descalzado; hubiese cogido entre mis manos sus piecitos desnudos, besándolos, salados por el agua del mar, y mirando su cuerpo encantador, mecido por las olas, extendido, suspendido. ¡Esto es enloquecedor..., pero es adorable!



La próxima vez llevaremos en la barca un par de alpargatas secas... Acuérdesse que no podíamos calzarnos, amiga mía. Fué preciso que el bañero, consagrado a la custodia de su virtud, nos ayudase.

¡Hasta luego! Si consiente usted en este raptó, póngase una flor en el pecho. Haré mis preparativos inmediatamente.

Beso sus manos

René Joiselle.

Isabel Roberto Gomar al señor René Joiselle, en París.

París, 5 de Septiembre.

Mi querido René:

¡Ya era hora!...

¡Mi marido ha vuelto!

He recibido de mi suegro una carta un poco alarmada. Lo que usted le ha contado a propósito de Fontainebleau no deja de inquietarle respecto a lo que pudo pasar aquella noche memorable.

Espero que no le habrá usted dicho nada ambiguo... ya sabe que lee entre líneas y que no es nada cándido.

Puede usted volverme a escribir. Mi marido y yo respetamos en absoluto nuestra correspondencia particular. Sin embargo, no exagere nada y no vuelva a escribir una carta tan loca como la de ayer.

Puesto que tanto lo desea usted, le envío la camisa que compramos en Fontainebleau. Se la envío con tanto más gusto cuanto que no sabría qué hacer de ella.

Mis camisas de dormir no se parecen a esa. Mis camisas de dormir son modestas. Un cuello vuelto, una gran chorrera, y eso es todo. Ni encajes, ni entredoses, ni transparentes hábilmente combinados.

En fin, conserve esa, puesto que tanto interés tiene en ello... Pero no se figure usted que yo me muestro todos los días como me mostré en aquella fonda galante, exquisito gusto de las elegantes provincianas.

Mi marido irá a verle mañana para hablar de su asunto la Saint-Denis. No necesito decirle que "es preciso" que lo consiga. De otro modo, Roberto se expatriaría... y yo con él.

Si desea usted besarme le autorizo.

Isabel.

Miguel Gomar a la señora Gloria de Gray.

Chateau de Leguerrec. (Morbihan.)

París, 4 de Octubre.

¡Qué alegría me ha proporcionado su carta, Gloria! ¡Qué! ¡Varancy se

casa con usted! ¡Va usted a resultar una verdadera condesita muy mona!... ¡Ya sabe usted que no se la podrá contar entre las más feas!

¡Sinceramente me alegro mucho! La quiero demasiado para no alegrarme, y abrazaría con gusto a Varancy por haber tenido tan feliz ocurrencia.

Será usted una esposa deliciosa, ya lo verá... ¡una linda esposa que hará muy feliz a su marido!... ¿Qué más puede desear un hombre?

¡Cuidado con las corazonadas que la amenazan todavía!... No destruya usted con una ligereza lo que tan bien ha construído. Ya sabe usted, por experiencia, que el provecho es poco, pero el peligro enorme.

Pero sé que es usted una mujer prudente e incapaz de cometer una de esas torpezas que lo descomponen todo.

Su carta fué a buscarme a Inglaterra, donde acabo de hacer el retrato de la señora de lord Falconer. He regresado a París hace una semana, y no la he contestado en seguida por haber tenido mil ocupaciones y no pocos cuidados.

¡Siempre es el joven matrimonio el que tiene la culpa!

Ya sabe usted, encantadora amiga mía, que uno de los defectos de mi carácter es el inspirarme terror las determinaciones violentas.

Es una gran debilidad en la vida. Empiezo a creer que la brutalidad es un gran elemento de éxito.

Al día siguiente de mi regreso, viendo claramente la situación de mi hijo, si yo hubiera dicho a Roberto: "No pierdas ni un minuto, y llévate a tu mujer a cualquier parte, pero lejos de aquí," me habría evitado muchas de las inquietudes presentes.

Pero hubiera sido brutal y quizás injusto sembrando en el espíritu de mi hijo el germen de una sospecha, y causándole una pena profunda a mi nuera.

¡Fué tan hábil, tan desenvuelta!...

Ella sola ha buscado a su marido una colocación que le encanta, y para ello responde al colmo de sus deseos. En tres días Roberto ha sido nombrado ingeniero de una gran fábrica de Saint-Denis, con muy buen sueldo. Isabel tiene la ventaja de verle contento, y también de verle marchar todas las mañanas para no volver hasta la noche, muy preocupado con sus trabajos y con bastante fatiga para no sentir otro deseo que el de dormir.

¿Qué quiere usted que diga yo a todo esto? ¡Admiro! No puedo por menos de admirar la diplomacia de

esa mujer; yo hubiera fracasado en una negociación semejante, o, desde luego, el resultado hubiera sido más lento. Ella lo ha resuelto todo con la mayor facilidad.

Es preciso reconocer que Joiselle, que la hace la corte de un modo apremiante, y que, naturalmente, debe desear complacerle, la ha ayudado poderosamente.

¡Y es Joiselle quien me preocupa! Mi deber sería, seguramente, cerrarle la puerta de mi casa. Eso lo resolvería todo...

Figúrese usted que durante mi estancia en Inglaterra, y antes de



que regresara Roberto, Joiselle, con pretexto de dar un paseo en automóvil, organizó un accidente propicio que le permitió pasar una noche en el mismo hotel que mi nuera, en Fontainebleau.

Mi amiga, la señora Breuil-Barret, que fué con ellos, trata de tranquilizarme; se niega a sospechar nada... Es el candor y la credulidad personificados.

¡Lo temo todo!... ¿Qué pasó aquella noche?... ¿Cuál fué el resultado?... Lo ignoro..., pero le juro que tengo grandes aprensiones.

Como es natural, he querido adi-

vinar. He observado las actitudes, las miradas. Pero es muy difícil. Joiselle es listo, desconfía de mí; Isabel es una mujercita encantadora que me hace creer todo lo que quiere...

Y además..., poner a Joiselle en la calle en el momento en que le proporciona a mi hijo un empleo del que le debe estar muy agradecido..., ¡no; realmente, es imposible!

Además, aunque eso hubiera sido posible, otra cosa lo hubiera impedido, y esa otra cosa es algo más grave: no quiero disgustar a Isabel. No quiero ni puedo.

Me encanta, me envuelve, me agrada y me sugiere todo lo que se propone. Le aseguro que el asunto es grave, y lo peor es que me doy cuenta de ello perfectamente.

Isabel me mira de una manera maliciosa, imperativa, suplicante y burlona, que me desarma y me encanta.

Sí, soy débil, y debía hacerla, muy severamente, varias advertencias. Pero ¿cómo dirigirlas a un ser tan delicado y precioso, que ha nacido para los goces de la vida y que parece estar dispuesta a responderme?: "¡Oh!... usted... usted, amigo mío!... ¡No es usted lo mismo que esos imbéciles que nos rodean!"

¡Me desmoraliza! Me siento incapaz de regañarla. Sé de antemano que me responderá con un argumento triunfante que me vencerá o me desarmará por su ingenuidad divertida.

¡Gloria!, adivino que Isabel tiene el alma lo mismo que la mía, o que la mía es lo mismo que la de Isabel... No me alabo por ello, pero es así.

¡Ah!... ¡Si no se tratase de mi hijo!... ¡cuánto aprobaría su deseo de apurar los encantos de una vida de mujer hermosa!

¡Pero se trata de mi hijo! ¡Debo protegerle!

¡Se protege tan poco él mismo!

Y ese mocetón se cree autoritario y toma en serio su oficio de marido. Desde que ha vuelto de Serbia, dos o tres veces he podido hacer esta observación. Con la mujer que ha elegido es lanzarse directa y rápidamente a la catástrofe definitiva.

En cuanto el asunto de Saint-Denis tuvo término, Roberto pareció encantado. Isabel también estaba muy contenta—no por las mismas razones—y en seguida se dedicó a organizar la existencia de su marido.

—Tendrás un automóvil. Saldrás de casa todas las mañanas a las nueve; vuelves a comer y luego te marchas para volver a las ocho.



Estaba bien combinado, pero Roberto hizo algunas objeciones:

—Marcharme a las nueve es muy tarde, y volver todos los días a almorzar es muy cansado.

—¡Pues almuerzas en Saint-Denis!—replicó Isabel.

Pero mi hijo, considerando que no le resultaba divertido, hizo una proposición extraordinaria:

—Si no se arregla, podremos ir a vivir a Saint-Denis, al lado de la fábrica.

Y como mi nuera, encogiéndose tranquilamente de hombros, exclamó categóricamente: “No lo pienses,” mi hijo añadió con firmeza:

—¡Una mujer debe siempre seguir a su marido a todas partes!

¡Pobre Isabel!... ¡No me la imagino, viviendo en Saint-Denis!

He empezado a dar con ella largos paseos a caballo, por las mañanas en el bosque. Monta admirablemente, es muy intrépida y estoy orgulloso cuando voy a su lado. Charlamos mucho durante nuestros paseos; es encantador. Anteayer, riéndome, la decía:

—¿Cuándo vas a instalarte en Saint-Denis, Isabel?

—¿Supongo que no lo habrá usted tomado en serio?

—¡Pero una mujer debe siempre

seguir a su marido a todas partes!

—Si fuese usted mi marido, ¿tendría semejante idea?

—Seguramente, no.

—¿Por qué?

—Porque temería que, contrariándote, desearas vengarte.

—Dígaselo a Roberto... Pues yo no pensaría en otra cosa...

—¡Caramba!

¡Ah, deliciosa, miserable! ¿Por qué se obstinó Roberto en casarse con ella? Está perdido si es tonto... ¡Y aseguraría que lo será! Durante la luna de miel las cosas marchaban regularmente. Pero ahora que la vida, tomando su marcha regular y normal, se organiza, ¡qué habilidad le hace falta a mi hijo para que su mujer haga lo que él quiera sin parecer que lo hace!...

¡Y él querrá siempre demostrarlo!... Y ella... no lo soportará.

Lo que más me fastidia es que Roberto no está todo lo enamorado de Isabel que debería estar.

Es un marido completo. ¡Apenas la mira, apenas la contempla!... Ella es una maravilla, es bonita, es toda gracia y soltura, y él sólo considera que es “su mujer.”

¡Esta mañana en el bosque la contemplé y me encantaba!

Reflexionaba yo que a un ser semejante es preciso permitirle todo para que no se le ocurra pedir... “lo demás”. Concebí no sé qué compañerismo encantador, aunque delicioso, algo peligroso, y no sé qué traté con ella, de asuntos prohibidos que la hicieron más sutil y más atractiva.

Es toda una mujer. Se desprende de ella un sutil olor de pecado que



se traduce en la mirada, en la actitud, en el pensamiento.

¡Qué locura casarse con Isabel!... ¡Qué querida más deliciosa sería!

Uno de estos días Roberto la aburrirá y...

De todos modos trataré de alejar tan tristes presagios.

Es preciso que Roberto vaya muy puntualmente a Saint-Denis todos los días.

Gloria... ¿cuándo será la gran ceremonia para usted? Varancy sí que sabe lo que se hace...

Beso sus manitas,

Miguel Gomar.

Miguel Gomar a la señora condesa de Varancy

Chateau de Clegnerec. (Morbihan)
París, 23 de octubre.

Mi querida condesita:



Espero que desde que se ha casado usted no me habrá retirado su amistad. Nunca la he necesitado tanto como hoy. Voy a referirla cosas espantosas y que me han turbado mucho.

Hace dos días que han sucedido, y estoy todavía atontado.

El martes salí a caballo con mi nuera. Acabábamos de entrar en el Bosque por la puerta Dauphiné. Isabel estaba radiante. Nunca me pareció tan joven y tan alegre. La frescura, la animación de su cutis, el brillo de sus ojos, la flexibilidad de su cuerpo, moldeado por la amazona; la arrogancia de su cuello alto, el sombrero colocado sobre sus cabellos negros, todo me encantaba.

Me proponía dar un paseo excelente. En la anchura del Pré-Catelan, Joiselle, que también parecía estar satisfecho de la vida, se unió a nosotros.

Decirla que me agradaba encontrarme con Joiselle, sería mentir. Ya sabe usted que siempre le he temido por Isabel; sus asiduidades no

me pasaron nunca inadvertidas, y sus intenciones no fueron nunca un misterio para mí. ¿Qué hacer, sin embargo? No puedo dejar de aceptar su compañía sin ofenderle, y no puedo ofender a un caballero porque haya hecho la corte a mi nuera.

Joiselle no monta muy bien; es acaso un excelente *chauffeur*, aunque le ocurren accidentes muy extraordinarios; pero es un jinete mediano.

Llegamos a la Potiniere, luego a la Cascada, y al internarnos en las acacias me adelanté un poco.

Cuando me volví, me pareció ver que Isabel ocultaba un papel en el pecho; pero no le di importancia.

En la Avenida de la Reina Margaritha, Joiselle se separó de nosotros, y con mi nuera tomamos un camino transversal que conduce hacia An-cueil.

Estábamos solos y pusimos los caballos al paso, para charlar.

Me agrada hablar con mi nuera en s. s. paseos.

El ejercicio excita sus ideas; tiene algunas imprevistas, extrañas; siempre están impregnadas de un hermoso deseo de vivir. Isabel me rejuvenece.

Sin embargo, aquella mañana Isabel nada decía. Parecía pensar en cosas halagüeñas, pues su fisonomía estaba sonriente. Pero, con gran sentimiento mío, se guardó sus reflexiones para ella sola.

De pronto, se volvió hacia mí.

—¿Sabe usted?... Todo va en casa a pedir de boca.

Acercando mi caballo al de ella, dije:

—Me alegro. ¿Qué indicios tienes?

—Indicios serios. Desde las advertencias secretas que debo a su amistad, he hecho algunas reformas en mi manera de vivir. Vuelvo a casa mucho más temprano; explico con detalles a Roberto el empleo que hago del tiempo.

—¿Dices la verdad al menos?

—Sí... cuando mi memoria me es fiel. A veces olvido algo... ¿comprende usted? y, en fin, en nuestras entrevistas hago todo lo posible por ser agradable a su hijo. Su actitud graciecida y menos nerviosa me permite creer que he conseguido algo.

No contesté. Aquella súbita y completa sumisión de Isabel me daba que pensar. La manera de comunicarlo me pareció extraña. Ella arreó a su caballo, galopó algunos metros, y volvió hacia mí, sonrosada, con los labios entreabiertos, tan visiblemente feliz, que me preocupé.

Su buena cordialidad con Rober-

to no podía proporcionarla tanta alegría.

Se puso al paso, a mi lado, y me dijo:

—No parece que le ha encantado la noticia. Sepa usted, sin embargo, que si he puesto mucho de mi parte ha sido por agradecerle.

—Es tu alegría lo que me preocupa en este momento. No puedo creer que sea solamente mi hijo el que la ocasiona.

—¡No es él en absoluto! Es el tiempo. Es nuestro paseo... Es el aire que respiro ¿Le apena el espectáculo de mi alegría?

—No me gusta ver a una mujer demasiado alegre.



—¡Vaya!

—Además, me dices, hija mía, que vuelves a tu casa más temprano que de costumbre. ¿Es que tienes menos que hacer, menos modistas, menos visitas?

—Lo he suprimido todo.

—¡Y sales, sin embargo, todos los días!

—Supongamos que sea... por higiene.

Al decir esto, Isabel me lanzó una mirada tan maliciosa, que temblé, y al advertirlo mi caballo, dió una escapada. Lo retuve.

Bruscamente, pregunté:

—¿No te ha dado Joiselle una carta, hace un momento?

Mirándome francamente, me dijo:

—¡Sí!

Sorprendido detuve mi caballo.

Isabel me imitó, y colocando deliciosamente su mano en mi brazo, añadió:

—Joiselle me escribe todos los días. Es muy entretenido.

—¿Cómo todos los días? Qué tiene que decirte, santo Dios?

—Me dice que me quiere.

—¿Y admites esas cartas?

—Claro...

Y en seguida añadió:

—¡Bah!... Ya no me escribirá mucho tiempo.

—¿Se marcha fuera?

—No... al menos que yo sepa. Pero un hombre escribe cuando tiene algo que pedir... Y él no está en ese caso.

Estaba estupefacto.

Murmuré:

—¡Y él no está en ese caso!... Entonces, si no pide nada, ¿es porque lo ha conseguido todo?

—¡Ay, amigo mío, era fatal!

Mi querida Gloria, al oír aquella frase pronunciada con una voz tan clara, y con un tono tan natural, experimenté una emoción profunda.

¡Ah, mi pobre Gloria! ¿Qué es un hombre? ¿Qué pasó en mi interior?

¿Usted supondrá que dí un salto ante confesión tan cínica?

¿Pensará que frases de indignación, escandalizadas, salieron de mis labios? Pues no... no...

Y observé que ni por un momento dudé de la veracidad de las palabras de Isabel. No creí, ni un segundo, que fuese una broma suya.

Sentí que decía la verdad: era la querida de Joiselle... y me lo refería como una cosa sencilla que no merece protestas asustadas.

Supone usted que inmediatamente debí pensar en el infortunio de mi hijo; sentir personalmente la injuria, padecerla. Y traducir en mi actitud aquel sufrimiento justificado...

¡Pues no!

Miré a Isabel y la vi deliciosa; respiré junto a ella no sé qué atmósfera de pecado que me envolvía.

Me apareció, no como la excéntrica muchacha a quien había conocido en otro tiempo, no como la mujer inquietante de la víspera, sino como una mujer... una mujer que un hombre había deseado, que un hombre había querido; un alma de amor viviendo todavía por haber satisfecho sus deseos, admirable, atractiva, perdonada de antemano.

Bajé la cabeza. Nuestros caballos se pusieron en marcha bajo las hojas amarillentas.

Tardé bastante rato en volver a ser dueño de mí.

Hubiera querido aislarme, escapar a la presencia de Isabel, que me turbaba excesivamente.

Ella se abandonaba, silenciosa, sobre su silla, crujiente; veía un hermoso perfil; adivinaba bajo sus largas pestañas su mirada voluntariosa; contemplaba su busto hermoso y macizo; su manita enguantada de blanco, que reposaba sobre el mus-

LA GRACIA

lo, alzado por la corneta de la silla, y dibujando bajo el paño de la amazona su pierna carnosa y bien torneada.

Fué Isabel quien al fin rompió el silencio.

—¿Se ha disgustado usted, amigo mío?

Dije que sí con la cabeza.

—¿Por qué?

¡Oh!... ¡Candor infernal!... Abrí la boca.

—¿Cómo que por qué?...

Ella me interrumpió.

—Sí, ¿por qué?... ¿Qué hay de extraordinario? Ya sabe usted que extraordinario no es. Tampoco puede usted decirme que le sorprende atrozmente... Me conoce usted muy bien... y confiese que tenía que suceder. Además, soy la prudencia misma.

—¡La prudencia misma!—exclamé—. ¿Y la carta que has escondido hace un momento?...

Muy monamente me la entregó.

—Guárdemela.

Aparté mi mano a un ofrecimiento tan escandaloso y dije:

—¿Y el porvenir?...

—¡Oh!... El porvenir... Eso es emplear una palabra muy grave para un asunto sin importancia. Joiselle está muy enamorado, pero no le durará... en cuanto a mí...

—¿En cuanto a ti?

—¿Eso le interesa?...—y me dirigí una mirada punzante como un acero.

—Sí me interesa—dije con voz un poco ahogada.

—¿Res yo... que se aver... he sabido, y eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Ya ve usted que no hay por qué hablar del porvenir. Dentro de tres meses ni nos acordaremos de ello.

—Hubiera preferido no saber nada.

—¡Pero yo no podía ocultarle ese rincón de mi vida!

—Eres culpable, Isabel.

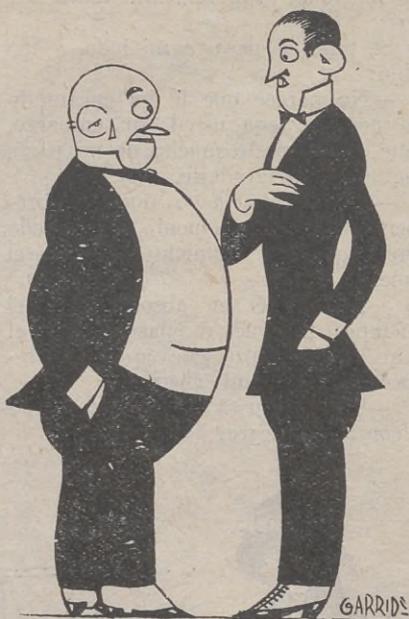
—¿Ya no me quiere usted?

—¿Por qué no he de quererle?

—Porque cuando me quería usted mucho, acuérdesese... antes de que yo fuera la mujer de su hijo, era usted más indulgente, menos absoluto. Entonces me decía frases muy prudentes, me decía la verdad y no vulgaridades como a todo el mundo. Recuerde que fueron sus ideas las que me agradaron: ¡ah!... entonces me demostraba usted un afecto que me era muy grato.

—¿No lo siento ya por ti?

—Entonces demuéstremelo. No sea ni gruñón ni burgués. Considéreme como a un ser menos tonto que los demás y no me guarde rencor por



que se lo cuente todo, entiende, ¡todo! como a mi buen amigo.

¡Gloria!... ¡Gloria!... Encantadora condesita, ¿qué opina usted de esta escena? ¿Comprende su penetrante emoción?

Considere que ya no puedo vivir... ¡Todo me inquieta! Acecho los menores gestos de mi hijo... (¡Ah!... Isabel tiene razón. Nunca estuve más tranquilo.)

Tiemblo cada vez que veo a Joiselle... El me saluda con una sonrisa cuya diabólica ironía adivino. ¡Estoy seguro de que Isabel le ha contado que lo sé todo!

E Isabel, cuya mirada nunca fué más clara ni más tranquila, me hace estremecer todos los días cuando dice con voz segura: "Pienso ir a dar una vuelta a la Exposición de los crisantemos", o a otra parte cualquiera...

Siento deseos de seguirla, de ver si alguien la acecha... No puedo creer que Roberto no sospeche nada; si está contento, tengo miedo; si está preocupado, tengo miedo también.

¡Estoy nervioso e insoportable! Mi pobre amiga Genoveva, a quien se lo he contado todo, (menos la emoción profunda que sentí al escuchar la confesión de Isabel, sólo a usted se lo he dicho), mi pobre amiga Genoveva se pasa el tiempo tranquilizándose y enumerándome los muchos casos en que los maridos no se enteran de nada...

Escribame pronto y dígame qué tal marchan ustedes, y si la corona de condesa no es demasiado pesada para su linda cabeceita... En una pala-

bra, si es usted feliz. Ya sabe cuánto lo deseo.

La abraza siempre su viejo amigo,
Miguel.

Isabel Gomar a Miguel Gomar.

12 de Noviembre, once de la noche.

Amigo mío:

Estoy preocupadísima. Como no cenaba usted esta noche con nosotros, no ha podido ver la actitud de Roberto. Roberto se hallaba en un estado de furor concentrado espantoso.

He tratado de hacerle hablar, no lo he podido conseguir. Pensé al principio que habría habido en Saint-Denis algún incidente desagradable; pero en cuanto hube entrado en mi cuarto, lo comprendí todo.

¡Ah!... no es tranquilizador.

Hace dos horas que busco la última carta de Joiselle... y no la encuentro.

Ya no me queda ninguna duda. Roberto ha encontrado esa carta y no sé lo que va a suceder.

Amigo mío, amigo mío... ¡estoy inquieta! Es preciso que me auxilie.

Son las once; va usted a volver en seguida, pondré esta carta sobre su mesa; sea usted bueno, y contéstemé esta noche misma. Eche la contestación por debajo de mi puerta.

Preferiría ir a su cuarto y hablar, pero no me atrevo a salir de aquí. Temo que Roberto, a quien oigo agitarse al otro lado del tabique, surja de pronto. ¡Si no me hallara aquí y me viera en su cuarto, se figuraría que hay complicidad entre usted y yo!

Espero su carta con la impaciencia que adivinará usted.

¿Cuándo ha cogido Roberto la carta de Joiselle? No lo sé de fijo; pero tiene que haber sido antes de comer. A la hora de almorzar estaba muy animado.

Ha debido entrar en mi cuarto por casualidad, y encontrarla allí.

¡Hasta ahora Roberto había respetado mi correspondencia! Nunca se metió en mis asuntos, y puedo asegurarle que el haberlo hecho no le proporcionará ninguna satisfacción.

¡No sé materialmente qué hacer!

¡Mi buen amigo, no puede usted dejar en un peligro semejante a una mujercita a quien tanto quiere!

Le conjuro a que olvide que es de su hijo de quien se trata.

Y para él no es muy grave. Me ha dicho usted cien veces que no es una cosa grave para un marido.

Si todos los maridos a quienes hizo usted lo que Joiselle ha hecho a Roberto, fuesen de noche como fantasmás, a tirarle de los pies, sería

una procesión interminable y un castigo inmerecido, confíeselo.

¡Si supiese usted cuánto soy capaz de quererle! ¡O si no, no me verá usted reír jamás! ¡No seré nunca feliz!...

Además.

Si no hallamos juntos un medio de arreglarlo, Roberto pedirá el divorcio...

Me iré de su casa; no podremos volver a citarnos en la calle de la Paix para volver juntos; no podrá llevarme a cenar, y no volverán a creernos amantes.

¿Es esto lo que usted desea?

Escríbame pronto diciéndome la conducta que debo observar. Carezco por completo de experiencia.

Usted ha debido encontrarse en una situación análoga.

¿Qué debe hacerse?...

Acaba usted de entrar. He oído su coche, que se paraba; y acaba de cerrar la puerta.

Corro a echar mi carta en su habitación antes de que se acueste.

¡Sálveme!

Le abraza mil veces,

Isabel.

Isabel Gomar a Miguel Gomar

Una y media de la madrugada.

¡Al fin es usted el de siempre para mí! ¡El principio de su carta era muy duro! Pero su postdata me da valor para esperar aún.

¡Gracias! Es usted el único ser del mundo al cual pueda confiarme.

Recuerdo, sobre poco más o menos, los términos de la carta de Joiselle; desgraciadamente, no da lugar a ninguna duda para el que la lea. Me violenta un poco trasmitírsela. En esta carta no solamente no está mi nombre, lo cual es una suerte, sino que tampoco pone ninguna alusión al lugar de nuestras entrevistas...

Tanto, que ha podido verse con la señora en casa de ella o en casa de él, indistintamente.

Y entonces, amigo mío, he pensado esto. ¿Podríamos hallar un nombre supuesto para decírselo a Roberto? Decirle:

Esta carta firmada "René" está dirigida a la querida bien conocida de Joiselle, la señora de... (¿quién?), que le recibe en su casa todos los días.

Como Roberto no está al corriente de la vida parisiense, creará todo lo que se quiera.

¡Queda el justificar por qué motivo se hallaba esa carta entre mis papeles!

¡Por más que pienso es inútil! Procure inventar algo.

¿A qué mujer culpar?

Estoy atormentadísima.

¡Busque usted, amigo mío!... ¡Sálveme, se lo ruego!

Pienso otra cosa además.

Quizá Roberto vaya a ver directamente a Joiselle. Sería conveniente prevenirle para que no se sulfure; conserve una actitud serena y diga:

—No sé porqué sospecha usted de mí; no se trata de la señora de Gomar, e ignoro cómo puede estar ese papel en su poder.

¡Considere usted, amigo! Si Joiselle, que es fogoso, respondiera a mi marido:

—Caballero, después de todo, me fastidia usted. Lo mejor será que nos batamos cuanto antes.

Advierta usted a Joiselle; yo no puedo hacerlo.

Roberto vigilará todos mis pasos.

Le abrazo.

Estoy entre sus manos

Isabel.

Miguel Gomar a la condesa de Vancancy.

Villa de los Naranjos. San Remo. (Italia.)

París, 15 de Noviembre.

Encantadora amiga:

¡Al fin voy a verla!

Dentro de ocho días salgo para San Remo, donde me instalaré con la amiga de mi corazón, la preciosa señora rubia.

Vamos a ocultarnos cerca de usted... A ocultarnos, sí... pues tenemos que escondernos, querida Gloria... ¿lo creerá?

¡Cuántos acontecimientos desde mi última carta! ¿Cómo voy a contarlos?

La dejé en el momento en que mi endiablada Isabel me había confesado... (¡con qué encanto y qué seducción!) que engañaba a mi hijo.

La dije cuánto me turbaba esa confesión...

Los acontecimientos se sucedieron con espantosa rapidez.

Primero le asaltó a mi hijo una vaga inquietud. Esto no extraño mucho.

Cuando un marido es burlado por primera vez, a menos que no sea un animal, tiene misteriosas aprensiones: tiene, lo he observado con frecuencia, presentimientos de que en torno suyo se agitan acontecimientos anormales, hostiles.

¿Ha hecho usted esa misma observación, querida condesita?

Roberto se mostró inquieto, y adivinando que Isabel le quería menos —así se expresó al hablarme—, resolvió hacerse querer con una actitud

más severamente marital, por la afirmación de toda su autoridad.

¡Dios mío! Confieso que mi primer pensamiento fué prevenir a mi nuera.

Temía tanto que la dicha de mi hijo estuviese comprometida definitivamente, que no hubiese retrocedido ni siquiera ante una complicidad para sostener apariencias.

Solamente que ¡quién podía prever las más locas imprudencias!

¿Quién podía prever que Joiselle (a quien creía yo tan frío, tan dueño de sí mismo y perteneciendo a la escuela moderna de los amantes que no hacen tonterías) iba a enamorarse hasta el punto de escribir a Isabel diariamente?

¿Y para escribirla qué? ¿Lo adivina usted? Cosas inútiles y de lo más comprometedoras.

¿Quién podía suponer, además, que mi nuera conservaría una de esas cartas?... ¡Oh!, no por pasión. Felizmente no está enamorada, sino por negligencia, por olvido.

Ya verá la continuación:

Roberto encontró la carta; estaba firmada y no dejaba lugar a dudas.

Amiga mía, esas estúpidas imprudencias me enfurecen tanto que mandaría a paseo a todo el mundo.

Isabel me suplicó que la salvara... no quise oír nada, pasé varias horas encerrado, esperando que mi hijo entrara en mi cuarto para anunciarme las más siniestras noticias.

Pero Isabel halló un medio. ¡Qué medio!... Verá usted...

La carta comprometedoras estaba firmada, sí; pero no llevaba el nombre de la persona a quien iba destinada, ningún indicio que permitiera reconocerla, e Isabel me suplicó que hallara una mujer que quisiera y además que pudiera de un modo plausible sustituirla.

Como es natural, no la encontré.

Pero ella la encontró... Y Joiselle también la encontró... ¿Y sabe usted quién era ella?... No. ¿Sabe usted lo que esos amantes inventaron?

Mi amiga, ¡mi querida amiga Genoveva, a quien Joiselle veía con frecuencia, y con la que salía mucho en compañía de Isabel, y a la cual estaba en lo posible que hubiese galanteado!

Cuando supe por primera vez aquella infernal invención, todo mi ser se sublevó indignado.

¡Qué! ¡Genoveva la querida de Joiselle!... ¡Ah! No me presto a bromas de ese género ni en broma.

Era preciso mi consentimiento... Lo negué.

Pero Genoveva intervino a su vez.

En aquel jaleo general, mientras Roberto preparaba sus armas, Genoveva me escribió una carta de las más bonitas del mundo.

Estaba dispuesta a sacrificarse para salvar a Isabel, y para salvar también a mi hijo... pues había también que salvar a ese desdichado, disipar su pesar... puesto que era posible.

¡Ah! ¡Qué irresistible, buena y deliciosa se me presentó Genoveva! ¡Qué abnegación, al lado de mi dureza! ¡Qué dulzura al lado de mi egoísmo!

No pude resistir y consentí en holocausto de la encantadora mujer.

¿Qué le diré?

Roberto ha creído... se ha permitido hacerme observaciones a propósito de mi conducta. ¡Ah!... creí que estallaría. ¿Se figura usted a ese marido ridículo diciéndome que para un hombre de mi edad lo más prudente... (¡qué ironía!) era refrenar los impulsos, no entregar el corazón por completo?

¿Ve usted al joven ingeniero que dirige su vida conyugal con una torpeza sorprendente dándome a mí una lección de moral?

Me contuve: guardé silencio y Roberto ha creído que hacía con motivos de sus palabras reflexiones saludables.

El hogar se salvó. ¿Pero cuál ha sido la deliciosa consecuencia de esas invenciones? Pues la siguiente (la ruego que la saboree bien):

Puesto que Joiselle (a quien estrangularía) había sido el amante, no de

mi nuera, sino de Genoveva. Puesto que Genoveva me había engañado, y que la célebre carta iba dirigida a Genoveva y yo lo sabía... no podía volver a ver a Genoveva, era preciso que la arrancase de mi corazón y la apartara de mi presencia, terminando todo entre nosotros.

¡No volver a verla!

No verla en el momento en que más la quería, en el momento que se acababa de imponer el sacrificio más duro y demostrarme su afecto, no a mí, sino a toda mi familia.

¡No volver a verla! ¡No! Roberto se hubiese alegrado demasiado.

Recobraba su tranquilidad perdida y por añadidura la conversión de su papá casquivano. Jamás.

¡No hasta ese punto!

Entonces Genoveva dijo que volvía a Lille con su marido; y nos marchamos los dos a San Remo a ocultarnos como dos amantes desgraciados perseguidos... pero contando ser los más dichosos del mundo.

He aquí, querida condesita, por qué razón va usted a vernos.

He alquilado en una agencia la villa de las Mimosas: he visto el plano; no está lejos de la suya y debe usted conocerla.

Está un poco más cerca que la suya de la ciudad vieja. Nos veremos muy a menudo. Conozco poco a su marido, Gloria... pero seremos buenos amigos.

No conoce usted a Genoveva... la querrá y ella le querrá a usted y los cuatro juntos olvidaremos a la humanidad ridícula y absurda.

¡Ah! Comprenderá usted que me será duro no ver todos los días, como era mi costumbre, la admirable y traviesa fisonomía de Isabel... pero la primavera nos reunirá.

Decir que en la primavera...

¿Supone usted lo que pasará en la primavera? Pasará lo siguiente: volveré con Genoveva, no me resignaré a no verla y mi hijo dirá: "¡La ha perdonado! Es triste que un hombre de esa edad caiga en las manos hábiles de una mujer." Esto dirá Roberto.

Y durante ese tiempo, ¿qué hará esa mujer con Joiselle... o con otro?

Pues no soy tan cándido para creer que mi nuera sea el resto de su vida fiel a su marido, que debe abusarla cada vez más.

Pero, entretanto, ¡yo soy el burlado; yo, Miguel Gomar, a quien semejante aventura siempre ha inspirado horror!

Reflexione, Gloria, considere... Miguel Gomar ocupando gratuitamente ese lugar... eminente para salvar al que le ha merecido y conquistado con sus puños.

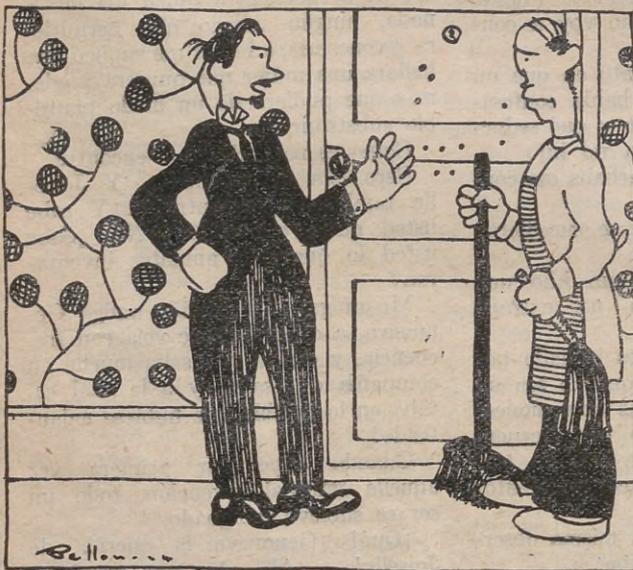
Mi deber de padre me lo ordena, y al menos tengo la conciencia tranquila...

Abrácame, encantadora condesita. Lo merezco.

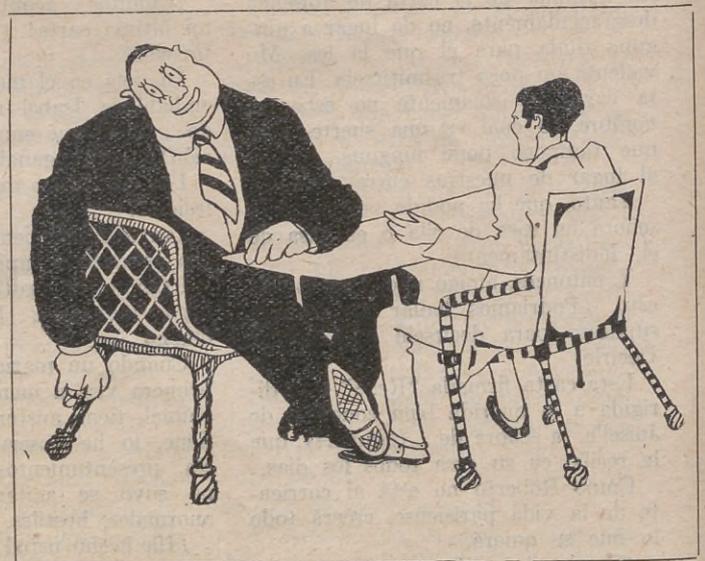
Pero la sola idea de pasar a los ojos de alguien por... lo que no soy me pone en tal estado de cólera, que tendré que engañar a otro marido en mi vida para lavarme de tal oprobio.

Su devoto,

Miguel Gomar.



—Pero, ¿cómo es esto, Juan? Otra puerta del hotel agujereada.
—Tenga en cuenta el señor que aquí también vivió la cupletera aque-
lla tan guapa...



—Ciertamente, amigo; yo estoy ahora en buena posición.
—Pues perdone que lo lamente, pero... la verdad, padezco un clavo...
(Ribadulla.)



Historia de la Gracia

“MADRID-CHISMOSO”

Con Enrique Gallardo de director propietario, Ricardo Monasterio de director literario y Ramón Cilla de director artístico, no era fácil que fracasase un periódico festivo. Y no fracasó. “Madrid Chismoso”, aparecido en mayo de 1885, con esa triple dirección, tuvo un éxito muy grande y llegó a alcanzar una tirada considerable.

Los mejores escritores cómicos de aquella época—Felipe Pérez y González, Fiacro Irayzoz, Juan Martínez Villergas (que aún vivía), López Silva, Ricardo Monasterio, Flores García, Zahonero, Taboada, Pérez Zúñiga y otros—dejaron en las páginas de “Madrid Chismoso” numerosas muestras de su inagotable ingenio.

Véase la clase:

“Don Cándido, litigante, ha sostenido un pleito que ha durado ocho años.

Por fin, lo ha ganado, pero ha tenido que pagar de costas mayor cantidad de la que ha recibido.

El infeliz no piensa en otra cosa.

Hace algunas noches fué al teatro con su señora.

Hacían “Marina”, y a poco de haber entrado don Cándido se presentó el tenor cantando aquello de “Costas las de Levante, playas las de...”

—¡Costas las de Levante!—exclamó don Cándido—. Ese buen hombre no sabe lo que se dice... “¡Costas las de mi pleito!...”

“Hoy, tras un año corrido, sin verle en parte ninguna a Paredes, las de Luna, dijeron: —¡Hola, perdido!”

A cuya frase, Paredes, por igual causa a su vez, respondió con sencillez:

—“¡Las perdidas son ustedes!”

“La escena pasa en esta Corte y entre una madre y una hija.

Esta escribe a una amiga suya participándola su propio matrimonio y la dice:

“Querida Luisa: Te participo que me caso el lunes sin falta...”

—Hija—añade la discreta mamá leyendo lo escrito—. No pongas “sin falta”. Ya sabes que Luisa es muy maliciosa.”

“Noticias de “La Correspondencia”:

—“Salió para Bilbao el señor Paje”.

¡Que lleve buen viaje!

—“Ha llegado a Madrid el señor Nido”.

¡Que sea bien venido!

—“Se casó en San Ginés el señor Porta”.

¡Pero a mí qué me importa!”

“Ayer se presentó un borracho en unas de las Casas de socorro, diciendo al médico de guardia:

—“¿Conoces a la marquesa del Gancho?”

—Ya lo creo. Es una mujer de mundo, pero de nuestro mundo.

—Vamos, sí; una mujer de todo el mundo.”

He aquí una saladisima “picardiguela” de Pérez Zúñiga:

“A Luis Pozo le casaron con Blasa del Río, en Soria, y de ellos cuenta la historia que en un principio se amaron.

Pero los tiempos pasaron, convirtiéndose en pena el gozo, y encontrando moza y mozo causas de mutuo desvío, Luis Pozo se tiró al río y Blasa del Río al pozo.”

Y he aquí, por último, algunos “contrasentidos” con que Felipe Pérez y González sale al encuentro de



EL DE LAS ESTRELLAS.—¡Me da cien patadas el jugar al foot-ball con este hombre!

—¡Vengo herido, doctor!

—¡Hombre! ¿Y cómo ha sido?

—Pues de una puñalada que me ha dado un hombre a quien no conozco.

—¿Y dónde es la herida?

—Pues no lo sé, porque cuando me hirió estaba yo durmiendo en un banco de la Plaza Mayor”.

“Estuve con Salomé en su casa todo el día, y por la noche soñé... ¡nada, figúrese usted

qué es lo que yo soñaría!”

“Conozco a un caballero que porque se llama Cebedeo Checa (C. B. D. O. Ch. K.) está empeñado en pasar por hombre de “letras”.

los colmos, muy en moda por aquella época... y por esta:

“El contrasentir político:

Ser “descamisado” y “mudarse la camisa.”

El contrasentido histórico:

Llamarse “César” y ser “bruto.”

El contrasentido escolar:

Ser “jorobado” y estudiar “derecho.”

El contrasentido de las clases pasivas:

Estar “cesante” y quejarse del “destino.”

El contrasentido mus cal:

Contratarse de “tiple” y trabajar “de bajo.”

Marciano Zurita



— Pero bueno, ¿es que te has empeñado en que cada quince días te llevemos a la cárcel?
— ¿Quién, yo? Los que parecen que se han empeñado son ustedes.

Un hombre energético

Un ser anodino, metódico y pusilánime, era Peláez.

Llevaba el "mayor" en las oficinas de una fábrica de luz eléctrica, y lo llevaba tan bien y con tanto cariño que, más que "mayor", lo miraba como a un pequeñín criado a sus pechos.

Pero he aquí que cierto día le arrebataron bruscamente aquel enorme libro de sus entrañas, encargándole de un negociado de arduo desempeño: el cobro de las facturas incobrables. Peláez empezó a salir todas las mañanas con un tajo de recibos, regresando por la tarde a la oficina sin haber cobrado nada. Los morosos suelen ser elocuentes y convencían a Peláez de lo inútil de sus propósitos.

Tan continuo fracaso dió lugar a que el director de la sociedad le llamase a su despacho:

— Señor Peláez: en seis meses que tiene usted a su cargo lo contencioso, no ha recaudado nada. Esto no es posible. O recauda usted o, sintiéndolo mucho, habré de prescindir de sus servicios.

Peléez, comprendiendo la gravedad de las circunstancias, reaccionó. Había que adoptar una resolución—la que fuese—y la adoptaría.

A partir de entonces, presentábase todas las tardes en la oficina con el importe de unas cuantas facturas. Además, empezaba a perder aquel aire encogido de siempre. Su jefe inmediato y los compañeros pudieron observar en él mayor soltura de ademanes y cierta animación desusada. Se había hecho más locuaz, y, a ratos, estaba hasta ingenioso.

¿A qué obedecía semejante transformación?

Pues, sencillamente, a unas cuan-

tas copas de vino blanco que Peláez se administraba todas las mañanas. Así como algunos preparan su estómago para el almuerzo con un "veermouth", Peláez preparaba el cobro de las facturas pendientes con un poco de vino blanco. El vino blanco prestábase cierta energía de carácter de que careció siempre y hasta esa especie de acometividad indispensable a todo el que se propone sacar los cuartos a un tramposo.

No fallaba el recurso. Copa que se bebía Peláez en cualquier tasca, factura que cobraba a los cinco minutos. El vino blanco llegó a ser el complemento de su carácter. Así como ciertos borrachos tratan de disimular su vicio asegurando que encuentran el consuelo a sus penas en el fondo de un vaso y ciertos poetas su inspiración, así Peláez tenía en ese mismo fondo toda su entereza, toda su elocuencia y toda su habilidad para cobrar lo incobrable.

Sucedía, sin embargo, algunas ve-



— Oye, ¿o sabes que me he quedado sin voz?
— ¡Pues cómp. ala por diez centimos!

ces, que estas nuevas y excelentes cualidades de Peláez estrellábanse contra la piedra berroqueña de un deudor "fresco" que se negaba a pagar en redondo. Peláez entonces, sin dudar, bajaba las escaleras, cobábase en la primera taberna, se echaba al colete un refuerzo de cuatro o seis copas, y asunto concluído. Al regresar a casa del moroso, cobraba sin la menor dificultad.

El negociado de lo contencioso era un éxito; el director estaba encantado de los servicios de Peláez. Abusando ya de su competencia, llegaron hasta comisionarle para el cobro de unos miles de pesetas de atrasos que no había modo de arrancar a la Diputación provincial. Cuando recibía uno de estos encargos de pez gordo, Peláez suspiraba, meditaba un instante como calculando en metros cúbicos la capacidad de su estómago, y acababa por declarar solemnemente:

— Se cobrará.

El empleado triunfaba. Pero el hombre pacífico y prudente se tornaba irascible y agresivo. Peláez, siempre tan respetuoso con sus superiores, tan afable con sus compañeros, hablaba ahora altanero, se metía con todo el mundo, discutía a cada paso con el jefe sin causa justificada. Cierta día llegó hasta a insultarle llamándole estúpido. El jefe se levantó de un salto y Peláez, creyendo que iba a agredirle, le echó las manos al cuello con intención de ahogarlo. Se armó un zipizape, el jefe fué a dar parte a la Dirección y Peláez quedó despedido. Tan grave extremo esclareció súbitamente sus facultades mentales.

— Pero, ¿por qué se me echa a la calle? ¿Por qué se le quita el pan a un empleado como yo que cumple con su deber?

Por buenas componendas le impusieron un mes de suspensión de sueldo. Comprendieron que era un irresponsable. Quien había insultado al jefe, quien le había echado las manos al cuello, no había sido Peláez, sino un poco de vino blanco. La Dirección dispuso, además, que Peláez dejase de desempeñar lo contencioso, reintegrándose a su antiguo puesto.

Automáticamente, Peláez dejó de beber. Aquella energía de carácter que el vino blanco le prestaba, ya no era necesaria. Podía muy bien pasarse sin ella, como antes de encargarse de lo contencioso.

Y he aquí ahora a Peláez convertido nuevamente en un ser anodino, apagado, sin elocuencia, sin bríos, sin nada, silencioso y modesto ante el mamotreto del "mayor".

J. Ortiz de Pinedo



GALANTERIA

—Parece que no le hace mucha gracia el paisaje.
—¡Oh, señora marquesa! A su lado ¿qué son esas ruinas?...

Vivan los haraganes

Ellos son tan comprensibles y tan buenos, que con tal de no quitarle el pan a sus hermanos, a infinidad de padres cargados de hijos, viven sin hacer nada, y pasando por unos perfectos gandules... ¡Pobreillos!

Yo respeto a los vagos, porque ningún gandul es capaz de repartirles trabajo a sus hermanos.

Supongamos que en España, solamente en este fecundo y alegre país, habitan... no quisiera equivocarme; habitan cinco millones de habitantes que tienen el hábito de no hacer nada en toda su descansada vida, aunque los monden. Supongamos que hay cinco millones de seres cariñosos y serviciales, que se prestan a acompañarte a una juerga, que te ayudan a gastarte el dinero en el café y que te aconsejan reposo, si dices que tienes prisa, y que se decidieran un día a trabajar.

Estos cinco millones de moradores perturbarían la vida de los españoles que trabajan y serían la ruina de la nación.

Dichosos los que pueden abstenerse de sembrar la discordia en un pueblo sano como el nuestro.

Yo soy uno de los más grandes admiradores del haragán.

Pero es porque yo soy unos de los gandules más grandes de España.

Hace algunos días que vino a visitarme un amigo, que se pasa la vida sin hacer nada, a no ser cigarrillos.

Hace un cigarrillo, saca una cerilla,

la enciende y cuando nota el calor en los dedos, prende al cigarro, se lo fuma y tan tranquilo.

Llegó a mi despacho, tomó asiento y me preguntó que porqué no hacía yo un drama.

Yo no hago un drama porque no sé hacerlo, pero no voy a ser tan primo que le confiese esta impotencia mía al primer haragán que me interrogue. Y con esta tranquilidad que me ha dado mi natural verba, o con esta verba que me ha dado mi natural, le contesté:

—Pues no hago un drama, por no perjudicar a Benavente.

—¿Pero tú crees que con un éxito tuyo?...

—Si yo me pusiese a trabajar en se-



—¿Dos reales? Cada día me los hace paga más caros.

—Ay, señora, si es un artículo que siempre sube.

rio, hacía el mejor drama de estos tiempos; eso es remoto de puro viejo, pero ¿tú sabes el trabajo que cuesta hacer un drama bueno?

—¿Pero cuesta eso trabajo?

—Naturalmente. Eso es más trabajoso que serrar madera a mano, o convencer a un feo de que no lo es.

—Yo creía que escribir comedias, y hacer chistes y componer poesías, era un puro recreo.

—Para algunos ingenios, que se lo encuentran hecho, es fácil, pero por lo regular se suda más escribiendo un chascarrillo que componiendo un par de botas.

—Un "par devotas" son dos señoras que vayan a la iglesia todos los días.

—¿Pero tú también haces juegos de palabras?

—Hoy te hace un chiste el dueño de una tueneraria, y encima te cobra el atañid.

—¿Y por qué no haces el drama tú?

—Porque yo no soy capaz de quitarle a un compañero el pan de la boca.

Esta respuesta de mi amigo, me convenció de lo útiles que son los vagos.

Debíamos de asociarnos y ser algo muy serio en España, donde tantos, y tan decididamente, estamos dispuestos a no hacer nada, pero nos vemos en la necesidad de no convocar una asamblea magna de haraganes, pues seguramente costaría mucho trabajo podernos reunir.

Según la Biblia, el primer gandul del Universo fué Cam, el segundo hijo de Noé. Abusó del vino y se quedó dormido cuando su papá le estaba contando una historia tártara, que no tenía salsa ninguna. Cam fué el primero que hizo cama después del diluvio. Salió del arca con muy mal cuerpo, y se empezó a quejar del cuerpo y del arca del cuerpo. Y cuando menos lo esperaban, con unas tablas del arca, fabricó la primera "pilitra", que se bautizó con su nombre: "cama".

Noé, al verlo tan holgazán, lo castigó con una tunda que lo puso negro, y los hijos de Cam formaron la raza negra, que honra a la familia, trabajando como negros.

Trabajan como negros, porque les cuesta mucho trabajo trabajar. Vivan los gandules, mientras tengan quien les llene el monago de alimentos asimilables, que ellos no hacen daño a nadie con tal de no hacer nada.

Luis Esteso



—Ayer no pude venir a la oficina porque tuve los pies malos.

—Bueno, a mí no me habla usted sentado, que para algo soy su jefe.

—Pero si le estoy hablando de pies...

Gente Nueva



Banquete íntimo

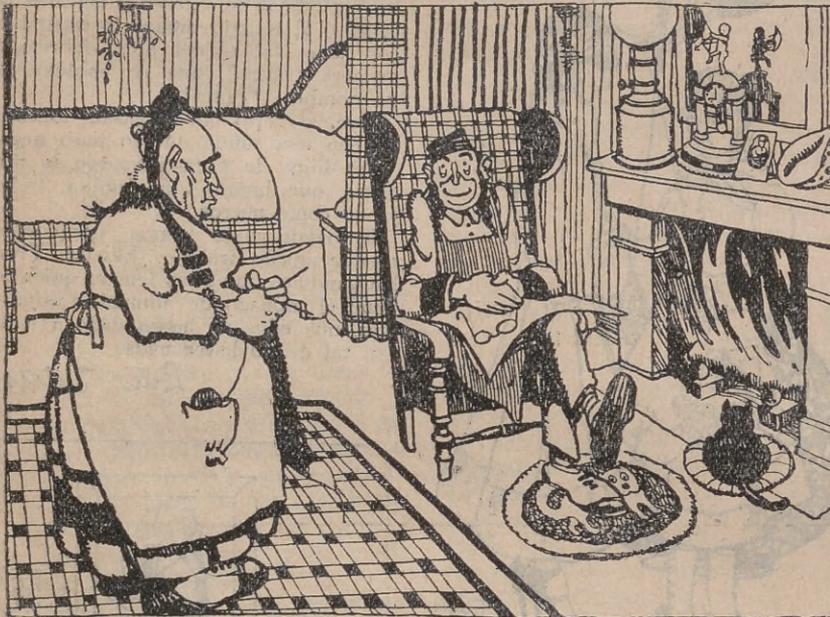
En el delicioso comedor que los señores Cejas poseen en su romántico hotel del panorámico pueblo de Cuadras, se reunieron en fraternal banquete, a las doce de la noche, varios amigos íntimos del insigne calavera Miguelito Cejitas, para festejar un triunfo obtenido en las lides amorosas por tan gallardo prócer.

El menú no podía ser más atrayente, dada la variedad de platos que

totipo de las modas masculinas, Antoñito Aticia, que asistió con botines y chaleco fantasía, actuaron de doncellas.

Una vez confeccionado el suculento menú, se reunieron alrededor de la humeante sartén los organizadores de la fiesta, y entremezcladas las migas con un vinillo repuntado de cinco años, dieron fin de las susodichas y los susodichos.

Fernanhueso se lamentó de no haber invitado a la bella estrella de va-



—¿Trajiste las flores para ponérmelas en el cabello?
—Sí, señora, pero creí que la señora se olvidó de traer el cabello para poner las flores.

propuso Pepito Fernanhueso, el decano de los reunidos y que concentrados dichos platos en una monumental sartén de patas, resultaron unas migas con torreznos.

Pepito, galantemente, se ofreció a actuar de cocinero, ayudándole en estos menesteres culinarios los elegantones Antonio Asallamas y Eduardo Sanville, ambos descendientes de la más rancia alcurnia; el primero se encargó de mondar ajos con mondadientes y picar tostones con un hacha y el segundo, que poseía unos potentes pulmones, de soplar a la lumbre con un fuelle.

El festejado, secundado por el pro-

rietés "La Chunguita", que casualmente se encontraba descansando de sus pocos contratos y con quien le unía una amistad ancha, debido a no haberla visto hasta aquella noche en el café Barcalao.

Sauville tomó la palabra, y con su peculiar oratoria, nos estuvo refiriendo por espacio de tres horas sus correrías y juergas en la Corte durante los dos años que pasó en la Cárcel Modelo.

Quando terminó su fogoso discurso, todos, incluso el orador, estaban dormidos.

Al amanecer el nuevo día, amanecieron los cinco marmóleos y cama-



—Pues tengo un hermano mayor que yo: un día de estos cumplirá diez y ocho años.
—¿En Madrid?
—No, en San Miguel de los Reyes.

leónicos con unos punzantes dolores de vientre, culpa del flamante cocinero, que distraído con una postal de la Chelito, echó en los guisos sal amoníaco y arsénico.

Quizá a estos horas estos íntimos tan alegres y rumbosos estén conver-

Quizá a estas horas estos íntimos supuesto que en vida eran unos calaveras; si así fuera, Q. E. P. D.

A. Sanchez de Moya



—Mira, niña, dile a tu novio, que si ha de venir a verte, que se cambie los calcetines con más frecuencia o que se deje los pies en la escalera.

CHISTES COLMO



ORIGEN DE LOS NOMBRES

SERAFINA

Por el año de la "Nana", cinco días antes de ponerse a la venta las saludables chuletas de "huerta", iban muy acaramelados dos amantes que, si no eran de Teruel, eran de Mazapán, provincia de Turrón, del término de Alicante. Terminaban de dar su paseo cotidiano, cuando ella quedóse de súbito perpleja y con los ojos casi fuera de las órbitas; contemplaba el brillo tan resplandeciente de un átomo de arena que se hallaba a la vista. Con sumo cuidado la cogió, y posándola en la diestra, fijóse absorta.

—Mira—le dijo a él—qué piedra más divina me he encontrado.

A lo que él contestó:

—¡Será-fina!...

—Puede que sea, no lo dudo—arguyó el'a.

Y es el caso que, como en aquella época no había joyeros, quedáronse con la duda en los labios. Y de ahí viene que cuando se veían todos los días, él la decía: ¡Será-fina!... Y Serafina se le quedó para toda su vida.

VICTORIANO

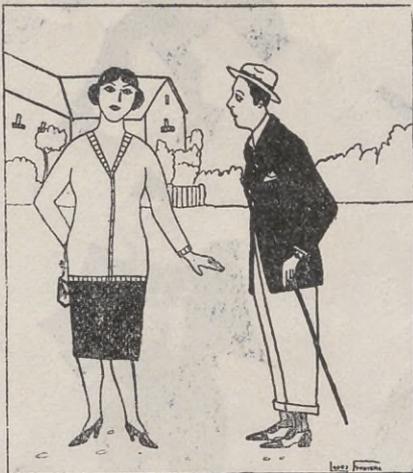
Aconteció allá... a lo lejos, cuando la guerra ruso-aponesa; reñían desafortunadamente, en los sangrientos campos de batalla. Las huestes del general Catapún Chin-Chin, tuvieron—a decir de algunos—una gran victoria, mientras que otros decían lo contrario, que no era más ni menos que un fracaso. Según datos que pudimos recoger, averiguamos detalladamente lo que sigue: "La posición "Whalmenory" estaba resguardada por dos batallones de solda-



¡PERSPICUA SIA YA TE TIFNES!...

—Son ustedes vas congados?

—¡Si pues!... ¿Se nos conoce, o qué?



—¿Y qué pretexto le has puesto a Lolita para no casarse con ella tana?

—He apazado la boda para cuando haien las subsistencias.

dos rusos, los cuales se hallaban en verdadera lucha contra la sed y el hambre. El ejército contrario, aprovechándose de esta circunstancia, avanzó con brío hasta llegar a las cercanías de la susodicha posición. Y viendo los defensores de ésta la imposibilidad para la defensa, rindiéronse como mansos corderillos. Por todo el Japón corrió la nueva de la gran victoria, mientras que en Rusia hubo manifestaciones, que recorriendo las principales calles, gritaban estentóreamente: ¡Victoria-no!... ¡Victoria-no!... Y desde aquella fecha imborrable—porque no se conocían las gomas de borrar—se llamaron casi todos los rusos Victorianos. (Ahora que en su idioma.)

RAMIRO GOMEZ

Un mendigo llama a la puerta.

—¿Qué desea?

—Un pedazo de tela que pueda servir de remiendo y una aguja con hilo.

Se lo traen y el mendigo añade:

—Y ahora, ya que es tan buena, ¿podría darme un chaqueta en que pudiese colocar este remiendo?

En el restaurant.

—¡Mozol! Diga al jefe de orquesta que toque alguna cosa muy sentimental, a ver si se enternece este bistek.

Entre actores.

—¿Qué dices de mi interpretación de "Hamlet"?

—Que después de haberte visto, en-

cuentro muy natural el suicidio de Ofelia.

—Dígame, mozo, ¿por qué recomienda usted a todos los clientes las albóndigas?

—Porque son de hace cuatro días, y si no se las comen los clientes, nos las van a dar a nosotros.

—¿Por qué no querrá pagar puntualmente el empresario al actor que hace de traidor?

—Porque cuando está ofendido interpreta mejor su papel.

J. M. CONDE

Los aprendices.

—¿Y tú qué oficio tienes, "ninchi"?

—¡Vidriero!

—¡Pues cuando subas a los tejados, ya puedes andar con pies de plomo!

Pregunta infantil.

—¿Cuántos años tiene la Cuesta de la Vega, abuelito?

—Uno me nos que la abuelita....

La abuela.—Tu abuelo, rico mío, es mayor que yo... ¿sabes?

CARLOS ATIENZA



—Chico, ta to tiempo sin verte; me creí que te habías muerto!

—¡Hombre, no; si no, igual te lo diría!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. M. C.—Son imperfectos sus dibujos. Su artículo, regularcillo. Sus chistes, se publicarán casi todos.

L. M.—En otra ocasión procuraremos complacerle.

P. S. J.—Es muy extenso.

Farrafa II.—Madrid.—A pesar de estar escritos con cierta gracia, resultan pesaditos.

Mondragón.—Barcelona.—El dibujo es irreverente. Envíe otra cosa.

A. (X) C.—Su trabajo es un reclamo para determinado periódico.

LA GRACIA



beberide

«EL MAYOR MONSTRUO... LOS CELOS», por BEBERIDE